

Los niveles de Bronce final. Hierro antiguo y romanos en el yacimiento de Montealegre, Gorafe (Granada).

Andrés María ADROHER AUROUX
Antonio LÓPEZ MARCOS
Francisco Javier BARTUREN BARROSO
Universidad de Granada

Abstract

In this paper we try to identify several levels of the occupation during the IXth-VIth centuries B.C. and for roman times in an archaeological site at Gorafe, in the southwest of Iberian Peninsula. One of the particularities of this site is that a regular structure has appeared; the principal discussion is about it.

INTRODUCCION

Durante la campaña de prospección arqueológica superficial que en la comarca de Guadix se realizó en octubre del año 1991 dentro del proyecto "La Colonia Iulia Gemella Acci y zonas limítrofes" que venimos desarrollando en la zona desde 1987, fuimos informados de la existencia de un conjunto de tumbas romanas cercanas a la población de Gorafe. Con posterioridad pudimos comprobar la existencia de un hábitat y necrópolis romanas y niveles de ocupación pertenecientes a una fase protohistórica (Bronce Final-Hierro Antiguo).

El yacimiento recibe el nombre de Cueva de Montealegre, siendo su numeración según el sistema que seguimos en el conjunto del proyecto, Gr-Grf-01. Como coordenadas son las U.T.M. 30SWG 490 952, y geográficas 03°03'16" longitud oeste y 37°29'15" latitud norte. Se ubica en una pequeña loma abocada al valle, resultante del acarcavamiento de las altiplanicies de Hernán-Valle por el río Gor, el cual desciende desde la Sierra de Baza desembocando en el río Fardes a la altura de Baños de Alicún (lám. 1). En este punto, justo en el cerro de juntas del Gor con el Fardes, existe un asentamiento que incluye en la misma unidad

geomorfológica un hábitat y una necrópolis, y que presenta la misma cronología, para época romana, que el que ahora presentamos.

La loma donde se sitúa el yacimiento de Montealegre está delimitada por dos ramblas, al sureste y al noroeste (esta última conocida en la cartografía del Servicio Geográfico Nacional con el nombre de rambla de la Canal). La altura máxima del cerro es de algo más de 850 m.s.n.m. (entre 850 y 860 m.s.n.m.).

El acceso al yacimiento es fácil pues se ubica a unos dos kilómetros de Gorafe, por la carretera que se dirige a los Baños de Alicún de las Torres, en la margen derecha del río.

Su ubicación en el arroyo de Gor lo sitúa en buenas condiciones de control de paso, ya que es éste el principal valle que define longitudinalmente Este-Oeste la comarca de Guadix, desde la Sierra de Baza hasta el río Fardes. Debemos señalar que en todo el desarrollo del Fardes no han sido localizados asentamientos de tipo hábitat para el período del Bronce Final, sino hasta el último tramo del mismo, en el valle de Valdemanzanos, cuando el Fardes gira hacia el Este para desembocar en el Guadiana Menor (González, Adroher, López y Pérez, en prensa).

Geológicamente, la unidad donde se sitúa el yacimiento se inserta en un nivel de conglomerados, arenas, lutitas y calizas fluviales y lacustres, de origen Plioceno o Pleistoceno, relacionado estrechamente con los terrenos de bad-lands propios de la Depresión de Guadix. Por este motivo la unidad geomorfológica ha sufrido fuertes procesos de erosión-sedimentación que han alterado profundamente las dos fases de ocupación e incluso los períodos intermedios de hiatus poblacional que se presentan entre ambas.

En líneas generales el índice de erosión antrópica del yacimiento es muy fuerte ya que el propietario ha abancalado la totalidad del cerro, salvo la parte superior del mismo, único lugar donde no hemos documentado la existencia de cerámicas en superficie. Los cultivos actuales se componen de olivares dispuestos en las márgenes de los bancales, utilizándose éstos, básicamente, para cultivos de cereales, lo cual ha producido que el yacimiento tenga visos de estar muy arrasado, salvo en la ladera oriental de uno de los bancales, donde existían restos de dos enterramientos en tégula, así como una estructura en piedra seca.

La tumba principal se encontraba parcialmente vaciada observándose restos de posibles expoliaciones; ello, unido al estado de conservación y su ubicación espacial (en el perfil de uno de los bancales) nos hizo entrever la necesidad de intervenir urgentemente con la finalidad de evitar la pérdida de una información importante.

Las actividades a realizar consistieron exclusivamente en la documentación de las estructuras visibles (dibujo y fotografía). Igualmente consideramos oportuno limpiar dichas estructuras, no estratigráficamente, ya que esto supondría un trabajo

de excavación exhaustivo con una potencia de 1,30 metros, lo que conllevaría levantar parte del bancal. La simple intervención en el perfil, recortando el talud correspondiente, nos pareció suficiente para documentar los restos que aún se conservaban. Al margen de ello, no observamos ningún elemento que nos hiciera sospechar de la existencia de niveles arqueológicos que cubrieran las dos sepulturas documentadas hasta el actual nivel de superficie.

Aparte de las tumbas mencionadas, el yacimiento no presentaba restos de estructuras visibles en superficie en toda su extensión. En cuanto al material aparecía gran cantidad de tégulas, básicamente en dos puntos: alrededor de las tumbas y en la parte del cerro que aboca al río. Al margen de ello encontramos algunos fragmentos cerámicos de piezas tardo-romanas, así como abundante material a mano y cerámicas a torno más propias de ambientes pre o protoibéricos. Los materiales documentados en superficie parecen abarcar dos fases con un fuerte hiatus entre ambas. En primer lugar una fase de Bronce Final e Hierro Antiguo (que hemos denominado Montealegre I), con cerámica a mano y cerámica a torno, pudiéndose, tal vez, hablar de perduraciones desde el siglo IX al siglo VI a.n.e. Una segunda fase corresponde a época romana (Montealegre II), con escasísimos fragmentos, datables en época tardía.

MONTEALEGRE I

Esta fase del yacimiento viene definida por los materiales arqueológicos que se relacionan directamente con los primeros niveles de ocupación documentados hasta el momento. Se corresponde crono-culturalmente con el Bronce Final-Hierro Antiguo, con abundante material cerámico a mano y algunos fragmentos a torno que posteriormente analizaremos. También hemos localizado una estructura muraria relacionada con este material.

a) Inventario de Material:

1. Fragmento de borde de vaso a mano de calidad cuidada. Pasta dura, cortante e irregular, gris oscura. Desgrasante micáceo, pequeño. Superficie intensamente bruñida, gris oscura a parda. Diam. boca: 10,8 cm; Diám. carena: 9,9 cm; Altura carena: 1,65 cm (fig. 1, 2).
2. Fragmento de borde de ánfora de pasta blanda, harinosa e irregular, naranja. Desgrasante, micaesquistoso, de tamaño mediano. Superficie alisada, de características semejantes a la pasta (fig. 3, 12).
3. Fragmento de base de vaso a mano de calidad tosca. Pasta blanda, irregular, gris oscura. Desgrasante, micaesquisto, grande. Superficie rugosa, gris oscura (fig. 1, 1).

4. Fragmento de borde a torno de plato de borde vuelto de pasta dura, rojiza a ocre, color marrón anaranjado. Desgrasante micáceo y cuarcítico, de tamaño medio a pequeño. Superficie externa bruñida a bandas (fig. 4, 25).
5. Fragmento de borde a torno de cuenco hemiesférico de perfil simple y borde recto. Pasta blanda anaranjada con desgrasantes micaesquistosos de tamaño medio a pequeño. Superficie cuidada (fig. 4, 30).
6. Fragmento de borde a torno de vaso exvasado. Pasta dura, anaranjada a beige, con desgrasantes micaesquistosos de tamaño medio a pequeño. La superficie externa presenta un pequeño baño de arcilla de color ligeramente más claro. Presenta decoración pintada en rojo vinoso en el borde (fig. 4, 28).
7. Fragmento de borde de ánfora de borde recto vertical, ligeramente engrosada en la parte superior. Pasta dura, bien cocida, tipo sandwich, negra al interior y rojiza al exterior. Presenta pocos desgrasantes y éstos muy pequeños, de carácter micaesquistoso. La superficie ha sido tratada con un baño de arcilla más fina de color beige claro (fig. 3, 16).
8. Fragmento de fondo a torno de un cuenco o plato, en todo caso una forma abierta. Fondo plano, o ligeramente convexo, quizás por efecto de las contracciones de la arcilla durante el proceso de cocción. La pasta es de color gris al interior y beige al exterior. La superficie externa está especialmente cuidada, con un baño de un color algo más amarillento. La superficie interna no presenta ningún tipo de tratamiento, los desgrasantes son abundantes, y bien visibles, sobre todo al interior. Son de tipo micaesquistoso (fig. 3, 18).
9. Fragmento de borde de ánfora de pasta blanda, harinosa, irregular, marrón. Desgrasante micaesquistoso, pequeño a mediano. Superficie alisada, marrón; lleva una engalga blanquecina espesa al exterior (fig. 3, 14).
10. Fragmento de borde de ánfora de pasta dura, cortante, irregular, gris oscura. Desgrasante micáceo, pequeño. Superficie alisada, marrón oscuro a naranja (fig. 3, 15).
11. Fragmento de borde de vaso a mano de calidad cuidada. Pasta blanda, harinosa, irregular, gris clara. Desgrasante micáceo, pequeño. Superficie bruñida, gris oscura al exterior y parda al interior (fig. 1, 3).
12. Fragmento de borde de cerámica a mano de calidad tosca. Pasta blanda, harinosa, irregular, ocre. Desgrasante micáceo, pequeño. Superficie negruzca (fig. 2, 7).
13. Fragmento de borde de cerámica a mano cuidada. Pasta blanda, harinosa, irregular, beige, con núcleo gris. Desgrasante micáceo, mediano. Superficie beige espatulada (fig. 2, 10).
14. Fragmento de borde de cerámica a mano de calidad tosca. Pasta dura, cortante, irregular, gris oscura. Desgrasante micáceo pequeño. Superficie rugosa, naranja (fig. 2, 6).
15. Fragmento de borde de cerámica a torno común; plato de borde vuelto con resalte interno. Pasta blanda, harinosa, irregular, marrón oscura. Desgrasante micaesquisto, pequeño a mediano. Superficie alisada marrón oscura (fig. 4, 26).
16. Fragmento de informe de cerámica pintada a torno. Pasta blanda, harinosa, irregular, beige con núcleo naranja. Desgrasante micáceo, pequeño. Superficie igual a la pasta. Decoración pintada policroma al exterior, granate y negro mate (fig. 3, 21).

17. Fragmento de informe de cerámica pintada a torno. Pasta dura, cortante, irregular, marrón clara. Desgrasante micaesquisto, pequeño a mediano. Superficie marrón clara. Decoración pintada monócroma marrón anaranjada (fig. 3, 20).
19. Fragmento informe de cerámica a torno con decoración pintada, presentando una banda ancha en color rojo vinoso. Pasta blanda, harinosa, con abundante desgrasante de tipo micaesquistoso y cuarcítico: color rojo anaranjado. Superficie engobada en color blanquecino a amarillo pálido (fig. 4, 22).
20. Fragmento informe de cerámica a torno con decoración pintada, presentando tres filetes, el central en color ocre oscuro y los dos externos en rojo vinoso. La pasta es dura, roja, de fractura irregular, rugosa al tacto, y con escasos y diminutos desgrasantes de tipo micáceo. Superficie externa con un ligero baño de arcilla algo más oscura que la pasta (fig. 4, 23).
22. Fragmento de cerámica a torno de cuenco de borde recto, divergente, ligeramente apuntado. Pasta color rojizo, con pequeños desgrasantes micáceos y un baño de arcilla de color algo más oscuro al exterior (fig. 4, 32).
23. Fragmento de cerámica a torno de un fondo plano, indicado (de talón). Pasta grisácea a marrón al exterior, blanda y con pequeños desgrasantes micáceos (fig. 3, 17).
30. Fragmento de cuello de cerámica a torno de cocina, poco cuidada. De doble cocción (oxidante y reductora), la superficie externa e interna presentan restos de alisado. Pasta rugosa, blanda, con desgrasantes micaesquistosos de tamaño medio a pequeño (fig. 4, 24).
46. Fragmento del extremo inferior de un posible martillo, pulimentado con paredes convexas y un plano de ataque parcialmente alterado. Material: anfibolita (fig. 4, 34).
59. Fragmento de borde de cerámica a mano. Olla de borde vertical y paredes verticales, con carena. La parte inferior a esta carena presenta una superficie escobillada, no cuidada, en tanto que la superior sí presenta un alisamiento mucho más delicado. Existe un apéndice vertical con función de asa. La pasta es blanda, con abundantes desgrasantes micaesquistosos de tamaño medio. Color marrón claro al interior y negro al exterior (fig. 1, 4).
65. Fragmento de borde de cerámica a mano, de un vasito de paredes algo exvasadas (¿vasito de paredes finas?). Pasta dura, de color marrón rojizo a marrón oscuro, con desgrasantes micáceos de tamaño pequeño. Superficie bruñida al exterior y al interior (fig. 4, 31).
66. Fragmento de borde de cerámica a mano, de una posible olla de borde redondeado, ligeramente exvasado. Pasta marrón a negra, con abundantes desgrasantes micaesquistosos, de tamaño medio. Superficie escobillada (fig. 2, 9).
67. Fragmento de borde de cerámica a mano, correspondiente a una fuente de pared curva simple, con borde aplanado, ligeramente engrosado al interior. Pasta dura, marrón oscura, con abundantes desgrasantes de tipo micaesquistoso de tamaño medio. Superficie externa alisada (fig. 2, 8).
85. Fragmento de borde de cerámica a mano, correspondiente a una fuente profunda, de paredes verticales, con borde ligeramente engrosado al exterior. Pasta marrón rojiza a negra, con abundante desgrasante micaesquistoso de tamaño medio. Superficie rugosa, escobillada al interior y quemada al exterior (fig. 2, 11).

89. Fragmento de borde de cerámica a mano. Fuente carenada de borde engrosado al exterior. Pasta marrón rojiza, dura con desgrasantes micaesquistosos. Presenta restos de un engobe rojizo tanto al exterior como al interior de la pieza (fig. 2, 5). Único fragmento de la Edad del Cobre.
90. Fragmento de borde de cerámica a torno. Cuenco de borde recto no engrosado, y sección hemisférica. Pasta dura, marrón a beige, con abundantes desgrasantes micaesquistosos, de tamaño medio a pequeño. Superficies alisadas (fig. 4, 29).
91. Fragmento de borde de cerámica a mano, correspondiente a un ánfora de borde de sección triangular. Pasta rojiza, dura, con abundantes desgrasantes micaesquistosos de tamaño medio (fig. 3, 13).
92. Fragmento de borde de cerámica a torno. Cuenco de borde recto: pasta blanda, muy rugosa, gris al interior, marrón oscuro en la superficie. Abundantes desgrasantes micaesquistosos de tamaño medio a pequeño (fig. 4, 27).
94. Fragmento de fondo de cerámica a torno, de pasta sandwich, interior en gris claro y exterior en rojo claro. Superficies amarillentas. Duro aunque de fractura irregular, y con desgrasantes micaceos y calcíficos, de tamaño pequeño. Superficie interna muy rugosa. Fondo plano de talón, ligeramente convexo por efectos de cocción (fig. 3, 19).

El conjunto de materiales está compuesto por fragmentos de cerámica a mano y a torno, que, en líneas generales pueden adscribirse al período del Bronce Final-Hierro Antiguo.

El fragmento nº 1 (fig. 1, 2) del inventario es un magnífico ejemplar de vasito de "paredes finas", realizado a mano, bien cocido y con un intenso bruñido que le da un aspecto metálico. En este mismo tipo entra el nº 11, aunque está más fragmentado y se trata de un ejemplar peor cocido.

Por sus proporciones, el nº 1 es un ejemplar de tamaño pequeño, carena alta y bajo índice de exvasamiento. El ejemplar más semejante procede del Peñón de la Reina de Alboloduy, aunque en este caso el interior del vaso está decorado con retícula bruñida (Martínez Padilla; Botella, 1980, fig. 129, 3). Otro ejemplar, pero esta vez de mayores dimensiones y con una carena aún más alta proviene de la tumba 1 de la necrópolis del Cerro Alcalá (Torres, Jaén) (Carrasco et alii, 1980, fig. 1, 2). Los numerosos ejemplares de la Vega de Granada no se ajustan, sin embargo, a los parámetros morfométricos de este caso, si exceptuamos un vasito de la Cuesta de los Chinos (Fresneda et alii, 1980, fig. 9, h).

En el Cerro de la Mora estos vasitos empiezan a aparecer en la fase Ib hasta la fase IIb, es decir, tienen su auge desde fines del siglo IX a fines del siglo VIII a.n.e. Se continúan realizando durante el siglo VII a.n.e., pero en cerámica gris a torno. Los vasitos del Cerro de la Mora se caracterizan por la existencia de una carena baja o media y un alto índice de exvasamiento, por lo cual, son muy diferentes al ejemplar nº 1 y más parecidos al ejemplar nº 11 (Carrasco et alii,

1982, fig. 19, 52, 53, 55; fig. 20, 69; fig. 22, 81; fig. 23, 89; fig. 24, 91; fig. 26, 104; 1983, fig. 6, 26; fig. 7, 35). Algo similar ocurre con un ejemplar de Vélez-Málaga (Gran Aymerich, 1981, fig. 38).

Los vasitos del Cerro de los Infantes siguen en líneas generales estos parámetros, apareciendo desde el nivel 3 al nivel 7 (Mendoza et alii, 1981, fig. 13, g; fig. 14, h, j; fig. 16, d, e, f, g).

En el caso de El Albaicín encontramos perduraciones de vasitos realizados a mano en el horizonte Protoibérico Antiguo, datado en la segunda mitad del siglo VII a.n.e. En los vasitos de El Albaicín se aprecia una acusada suavización de la carena respecto a los ejemplares que aquí estudiamos, y en general con referencia a los más antiguos de los siglos IX-VIII a.n.e. (Roca et alii, 1988, fig. 13, c, d, e).

M. M. Ros Sala denomina taza a esta forma, correspondiendo a la forma I.D.1 del Castellar de Librilla, que aparece en la fase II de este yacimiento, y se continúa realizando a torno durante la fase III (Ros Sala, 1989, p. 235), desapareciendo a partir del siglo VII (Ros Sala, 1989, p. 409). Con todo, los ejemplares de Librilla se diferencian de los nuestros por tener un borde curvo, cuando en nuestro caso, el borde tiene una tendencia rectilínea.

En Murcia y el Levante Meridional estas tacitas se decoran con una combinación de incisión y pintura aplicada postcocción (Ros Sala, 1989, p. 311).

En Cástulo vasitos similares, realizados a mano perduran hasta el siglo VII y a veces están decorados con pintura postcocción (Blázquez et alii, 1985, fig. 40, e; fig. 49, c; fig. 58, c). La larga perduración de esta forma fabricada a mano no es algo extraordinario en este yacimiento, en el que el torno se resiste a penetrar de forma masiva hasta ya avanzado el siglo VI a.n.e. Cercano a Cástulo lo encontramos en el Cerro del Salto, datado entre los siglos IX-VIII a.n.e. (Nocete et alii, 1986, fig. 8, f).

También aparece como importación en centros fenicios como ocurre en la fase I del Morro de Mezquitilla y del Cerro de Montecristo (primera y segunda mitad del siglo VIII a.n.e. respectivamente) (Suárez et alii, 1989, fig 6, a).

Estos vasitos fueron realizados precozmente en cerámica a torno ya en la segunda mitad del siglo VIII a.n.e. en centros como el Cerro de la Mora y el Castellar de Librilla. Es posible que fueran realizados anteriormente en torno lento, lo cual podría haber facilitado los experimentos de los alfareros indígenas (Ros Sala, 1989, p. 407). M. Pellicer piensa que son de origen tartésico y penetran en la Andalucía Oriental en un momento muy avanzado del Bronce Final II (Pellicer, 1987, p. 438), sin embargo, la forma B de Ruiz Mata, correspondiente a las pequeñas tazas de la Andalucía Occidental es muy diferente a los ejemplares del Sureste. Por otro lado, se ha planteado la posibilidad de que este tipo de vasitos tengan su origen en ejemplares del Bronce Final I (siglos XI-X a.n.e.) de Cobatillas

la Vieja y Caldero de Mojácar, vasos que a su vez enraizan en la tradición argárica.

Por otro lado, diferentes aspectos comunes a estos vasitos (delgadez de sus paredes, intenso bruñido, fondo en ónfalos) parecen apuntar a la posibilidad de que se trate de imitaciones en cerámica de prototipos metálicos, los cuales nos son, por ahora, desconocidos.

El nº 59 (fig. 1, 4) es una olla realizada a mano con carena que separa el cuello y el galbo. Uno y otro presentan sistemas de tratamiento de superficie diferentes, cuidado el cuello y descuidado el galbo.

Esta forma ya fue estudiada por F. Molina González que en su tabla del Bronce Final del Sureste la coloca en el Bronce Final I (1100-850 a.n.e.) al provenir del estrato III del Cerro de la Encina (Molina González, 1978, tabla de formas nº 27; Arribas et alii, 1974, fig. 60, 153).

Se corresponde asimismo con la forma A6B2b del Horizonte Peña Negra I (siglos IX-VIII a.n.e.), apareciendo en el caso alicantino un asa alargada vertical entre el galbo y el cuello de forma similar a como ocurre en nuestro ejemplar (González Prats, 1983, pp. 66-67). En la forma de Peña Negra el galbo es ovoide y el fondo plano con perfil en talón.

Las ollas en las que se produce esta diferenciación entre cuello y galbo aparecen desde la fase Ib del Cerro de la Mora, aunque en algún caso la separación no se realiza con una carena marcada (Carrasco et alii, 1982, fig. 16, 35). Se puede advertir la diferencia de tratamiento entre cuello y galbo (Carrasco et alii, 1983, fig. 6, 25).

Uno de los ejemplares más antiguos de este tipo de olla está documentado en el estrato A6 del Cerro de la Miel, datado por C14 en el siglo XI (Carrasco et alii, 1985, fig. 11, 37). Este ejemplar se diferencia del que estamos estudiando en que el cuello es curvo y exvasado, en tanto que el nuestro es recto- vertical. Existe sin embargo, otro ejemplar con cuello recto vertical en el que la carena no es tan marcada como en el nuestro (Carrasco et alii, 1985, fig. 19, 75).

También aparece en la gran casa oval y en el estrato VI-D del corte VII del Cerro del Real, niveles datados entre los siglos IX-VIII a.n.e. (Pellicer et alii, 1962, lam. 4, 9, lam. 9, 38). Se encuentra en la fase IA1 de Saladares (segunda mitad del siglo IX a.n.e.) (Arteaga et alii, 1980, fig. 28, 27). Igualmente la encontramos en Alhonz entre la segunda mitad del siglo IX y el siglo VIII a.n.e. (López Palomo, 1981, fig. 61). Asimismo hay que mencionar su presencia en el complejo 14 de Cástulo, datada en el siglo VIII a.n.e. (Blázquez et alii, 1985, fig. 14, 10).

La dualidad de tratamientos de superficie en vasijas del Bronce Final no está ni mucho menos circunscrita al sur de la Península Ibérica. Sin embargo, hemos de mencionar que es extraordinariamente abundante en diferentes tipos

cerámicos del Area Tartésica. En el Sureste, por contra, esta característica decorativa parece limitarse al tipo que estamos estudiando.

Se corresponde con la forma 2 del Bronce Reciente II de M. Pellicer (1000-750 a.n.e.) (Pellicer, 1989, fig. 3), y se asemeja grosso modo a la forma G.I.a.1 de la tipología de Ruiz Mata para las cerámicas del Bronce Final Tartésico (Ruiz Mata, 1979, fig. 2).

Formas semejantes las encontramos desde el estrato I del Cerro de la Cabeza de Santiponce (inicios del siglo VIII) (Domínguez de la Concha et alii, 1988, lam. LIX); de todos modos, la dualidad de tratamiento en el cuello y galbo de ollas a mano perdura en el estrato IV de este yacimiento (siglo VII a.n.e.) (Domínguez de la Concha et alii, 1988, lam. XXXVII).

También aparecen en el estrato 16 de la Colina de los Quemados, datado de forma abierta entre los siglos X-IX a.n.e. (Luzón et alii, 1973, lam. VII, a), y perdura hasta el estrato 12, datado en el siglo VII a.n.e. y con borde curvo (Luzón et alii, 1973, lam. XII, a).

Este tipo de olla con el característico tratamiento dual es igualmente muy abundante en San Bartolomé de Almonte (Ruiz Mata et alii, 1986, por ejemplo, lam. XI, XII, XIII, XXII, XXIII, XXVI, LXI), apareciendo entre el estrato IX y el IV del corte 1; en la necrópolis de Setefilla presenta una extraordinaria perduración hasta fines del siglo VI a.n.e. (Aubet, 1989, fig 13, 32, 33, fig 24, 119). La forma en cuestión se imita en cerámica a torno de engobe rojo en Huelva (forma V.2 de Rufete), durante la primera mitad del siglo VI a.n.e. (Rufete, 1989, fig 5).

En el Area Tartésica esta dualidad de tratamientos de superficie aparece en vasos chardón, a veces en ejemplares similares a estos últimos, pero que parecen no deberse a influencia fenicia sino a tradición indígena, mediante un alargamiento del cuello de los ejemplares que estamos tratando aquí. Así por ejemplo ocurre en San Bartolomé de Almonte, en los siglos VIII-VII a.n.e. (Ruiz Mata et alii, 1986, lam XLV, L, LVIII, XCVIII). Este alargamiento de cuello da lugar a formas que se corresponden con las nº 4 y 7 del Bronce Reciente III.B (650-550 a.n.e.) de M. Pellicer (Pellicer, 1989, fig. 7, 4, 7).

Creemos que existe cierto confusionismo en cuanto a la definición del vaso chardón. Algún autor ha advertido de su presencia en Andalucía en el siglo IX a.n.e., a pesar de reconocer que se trata de un tipo cerámico de origen fenicio (forma Bisi 7, Cintas 1-7) (Caro Bellido, 1989, p. 52). De hecho, el ejemplo citado por este autor es el de la Colina de los Quemados que hemos citado anteriormente. Nos encontramos ante un claro fenómeno de concordancia entre una forma de origen indígena y otra de origen fenicio que genera formas híbridas, mediante la

imitación a mano de tipos coloniales a los que se aplica un tratamiento de superficie de tradición indígena.

Frente a su larga perduración en el area Tartésica, hemos de mencionar su desaparición del Sureste Peninsular a partir del siglo VIII, posiblemente porque las ollas realizadas a mano con tratamiento cuidado son sustituidas durante el siglo VII a.n.e. por otras realizadas a torno que imitan los pithoi fenicios.

El nº 3 (fig. 1, 1) es un fragmento de base de cerámica a mano tosca, con perfil "en talón", muy común en ollas y vasos cerrados del Bronce Final del Sureste, pero también del Hierro Antiguo, así, se puede apreciar su presencia desde el estrato VIII al IV del corte VII y entre los estratos IX y VII del corte IX del Cerro del Real de Galera (Pellicer et alii, 1962, lam. 8, 9, 10, 11, 12; 1966, fig. 11, 12, fig. 16, 27).

Estos fondos los encontramos también desde la fase Ib hasta la fase IIIc del Cerro de la Mora datada a mediados del siglo VII a.n.e. (Carrasco et alii, 1982, fig. 14, 24, fig. 18, 46, fig. 21, 73, fig. 22, 78, fig. 31, 140, 142, fig. 47, 210). También aparecen en el Cerro del Centinela, datado a fines del siglo VII a.n.e. (Jabaloy et alii, 1983, fig. 8). Asimismo son muy comunes en Peña Negra I, perdurando en Peña Negra II (700-525 a.n.e.). Los encontramos también desde la fase IA1 a la IB2 de Saladares a mediados del siglo VII a.n.e. (Arteaga et alii, 1975, lam. V, lam. IX, 63, lam. XV, 114, lam. XXII, 171), desde el nivel IX-VII de la cata C. 2. de El Macalón (García Guinea et alii, 1964, fig. 11, 112, fig. 24, 19).

Lo encontramos también en el Peñón de la Reina entre los estratos 13-16, entre los siglos VIII-VII a.n.e. (Martínez et alii, 1980, fig. 73, 6, fig. 110, 21). También aparecen en la necrópolis del Llano de los Ceperos (siglo VIII a.n.e.) en una olla-urna de borde ligeramente entrante (Ros Sala, 1989, lám. 39).

Estos fondos no aparecen durante el Bronce Medio-Tardío, sino solamente a partir del Bronce Final, como se puede comprobar en la tabla de formas del Cerro de la Encina (Arribas et alii, 1974, fig. 105). En este yacimiento granadino, se observa una evolución hacia la aparición de fondos planos en vasos cerrados durante el Bronce Tardío, apareciendo los fondos de perfil en talón en el Bronce Final.

La larga perduración de estos fondos hasta el final del Hierro Antiguo demuestra la fuerza que la tradición indígena del Bronce Final mantiene especialmente en la cerámica no cuidada, mientras los cambios más rápidos se producen en la vajilla de mesa.

El nº 15 (fig. 4, 26) es un borde de plato realizado en cerámica común a torno. Se trata de un borde estrecho, curvo y ligeramente pendiente, diferenciado interiormente con un reborde.

Se corresponde, grosso modo, con la forma 5031 de Peña Negra II, datada entre el siglo 700-525 a.n.e. (González Prats, 1983, pp. 156-159).

Asimismo, se corresponde con las formas G.5-10 del Castellar de Librilla, que aparecen entre las fases II-IV de este yacimiento (siglos VIII-VI a.n.e.), manteniéndose durante todo este período los platos con bordes estrechos (Ros Sala, 1989, pp. 251-259).

Platos con borde estrecho realizados en cerámica gris a torno aparecen en la fase IIIb del Cerro de la Mora (primera mitad del siglo VII), pero sólo empiezan a realizarse en cerámica de cocción oxidante a partir de fines del siglo VII a.n.e. (Carrasco et alii, 1982, fig. 38, 193).

Es curioso observar la perduración de los bordes estrechos en estos platos tan tardíos, perduración que disloca la aparente evolución de los bordes de los platos fenicios hacia un progresivo ensanchamiento, y que ya fue percibido en poblados indígenas como por ejemplo Huelva (Fernández Jurado, 1986). Evidentemente los talleres alfareros indígenas siguen una dinámica diferente a los fenicios, posiblemente porque no están tan condicionados como éstos a las exigencias de demanda cambiante.

El nº 8 (fig. 3, 18) es un fragmento de fondo en cerámica gris a torno correspondiente a una forma abierta. Se trata de un fondo sin talón diferenciado y ligeramente rehundido. El perfil del galbo es redondeado.

Por contra, el fragmento nº 23 (fig. 3, 17) corresponde a un fondo en cerámica gris a torno, esta vez con perfil en talón. El nº 94 también tiene fondo en talón pero se trata de cerámica común a torno.

Los fondos en formas abiertas en talón los encontramos en Los Baños (Fresneda et alii, 1982, fig. 7, e), en el Cerro del Centinela, asociado a una forma completa: fuente de perfil en S (Jabaloy et alii, 1983, fig. 15), en la fase IV del Cerro de la Mora de fines del siglo VII-principios del siglo VI a.n.e. (Carrasco et alii, 1982, fig. 56, 271, fig. 63, 283, fig. 70, 364, fig. 71, 348), en la fase IB2 de Saladares, a mediados del siglo VII a.n.e. (Arteaga et alii, 1975, lam. XIX, 144).

También aparecen en el estrato IV del corte IX del Cerro del Real (Pellicer et alii, 1966, fig. 7, 27).

Estos fondos de perfil en talón en el caso de vasos abiertos está ausente de la tradición indígena del Bronce Final II (no así del Bronce Final I, en el que tenemos las fuentes carenadas con fondo plano de tradición Cogotas I) estando en cambio presentes, por ejemplo, en los platos de engobe rojo fenicios importados en contextos indígenas (por ejemplo, Mendoza et alii, 1981, fig. 16, q). Sin embargo, son inexistentes o muy escasos en los platos de Chorreras y Morro de Mezquitilla B1, por lo que hay que pensar que este detalle morfológico aparece en los propios platos fenicios más tardíamente, por ejemplo, en los de Toscanos (Schubart et alii,

1969, lam. X, 423, lam. XI, 618, lam. XII, 897; 1984, fig. 11, fig. 12), siendo estos últimos los que influyen en este detalle de las producciones indígenas a torno.

Los bordes de ánfora del yacimiento que estamos estudiando se ajustan en líneas generales a las formas Vouillemot R-1, González Prats A1, Pellicer, A-2 o B-1, Muñoz A-1, A-2 y tipo 1 de Maass Lindemann, y entran en la categoría de bordes delgados de Toscanos. En este yacimiento encontramos bordes salientes como los que aquí estudiamos, pero éstos conviven con bordes de tendencia claramente vertical (Schubart et alii, 1984, fig. 14), que son más escasos en asentamientos indígenas del Sureste, por lo cual, hay que pensar en una preferencia por los bordes marcadamente exvasados en el caso de las producciones indígenas del Sureste. Por otro lado, apenas encontramos bordes de este tipo en poblados tartésicos como San Bartolomé de Almonte o Cerro Macareno (Pellicer, 1982, fig. 14). Tampoco aparecen en las ánforas A-1 y A-2 de Cádiz (Muñoz, 1985, p. 472).

El nº 2 (fig. 3, 12) y el nº 9 (fig. 3, 14) son fragmentos de borde de ánfora acusadamente salientes y con el labio redondeado. Se corresponden con el borde tipo c de González Prats, presente en el Horizonte Peña Negra II, datada entre 700-525 a.n.e. (González Prats, 1983, pp. 153-154). Aparecen desde la fase IIIa del Cerro de la Mora (primera mitad del siglo VII a.n.e.), a veces decoradas con pintura (Carrasco et alii, 1982, fig. 36, 184, fig. 44, 219). Podemos encontrar paralelos aproximados en la fase Protoibérica de El Albaicín (Roca et alii, 1988, fig. 23, e; Moreno et alii, 1989, fig. 1, b, f).

También los encontramos en el Cerro del Centinela a fines del siglo VII a.n.e. (Jabaloy et alii, 1983, fig. 10, 4). Asimismo aparece algún caso en el Peñón de la Reina (Martínez et alii, 1980, fig. 125, 6). Son muy comunes en Chorreras, aunque aquí dominan los bordes apuntados y con una característica moldura en la base del borde (Gran Aymerich, 1981, fig. 21, 22, 23, 24).

Dichos bordes se corresponden con la variante P.5 del Castellar de Librilla, en las fases II, III y IV de este yacimiento (segunda mitad del siglo VIII-siglo VI a.n.e.) (Ros Sala, 1989, pp. 287-288). Un borde de este tipo aparece asociado a un ánfora de saco muy evolucionada (A-IBE M113 tipología de Dicocer, vs. Py, 1993) y con carena de hombro suave o casi inexistente. Los bordes del tipo P.5 son los que mayor aceptación tienen en el Castellar de Librilla y según M. M. Ros Sala fueron producidos en este asentamiento en su fase IV (siglo VI a.n.e.) y muy posiblemente en su fase III (siglo VII a.n.e.) (Ros Sala, 1989, p. 360). En la Vega de Granada dominan los bordes del tipo P.3 y P.5 de Ros Sala en los siglos VII-VI a.n.e., por lo que hay que suponer la existencia de una producción indígena de ánforas en estas fechas: Librilla III y IV (siglos VII-VI a.n.e.), PN IIB (primera mitad del siglo VI a.n.e.), Cerro de los Infantes (fines del siglo VII-siglo VI

a.n.e.), Cerro de la Mora III-IV (siglo VII-primer mitad del siglo VI a.n.e.) (Ros Sala, 1989, pp. 362-363).

De hecho, tenemos la evidencia de que se realizaron ánforas en el horno del Cerro de los Infantes, datado entre fines del siglo VII a.n.e. y principios del siglo VI a.n.e. (Contreras et alii, 1983), debiendo mencionar la relativa abundancia de marcas de alfarero en ánforas de El Albaicín o Peña Negra, marcas hasta ahora ausentes o esporádicas en centros fenicios.

El borde P.5 se corresponde con el tipo I.1 de Toscanos III y Chorreras (Ros Sala, 1989, p. 321), y es relativamente frecuente en el asentamiento fenicio del Río Guadiaro (Schubart, 1986, fig. 12, 128, 129, 130).

El nº 10 (fig. 3, 15) es un fragmento de borde de ánfora de perfil triangular, rectilíneo al exterior y acusadamente saliente, su labio es apuntado. Este tipo de borde es extraordinariamente frecuente en contextos protoibéricos cercanos. Así podemos observar la semejanza del borde descrito con ánforas de El Albaicín (Roca et alii, 1988, fig. 23, c, d, fig. 30, a) y el Cerro de los Infantes (Mendoza et alii, 1981, fig. 15, b).

El borde P. 3 se corresponde con el tipo b de Peña Negra y el tipo 1.1 de Toscanos III/IV (Ros Sala, 1989, pp. 345-346).

Bordes semejantes aparecen también en el Cerro del Centinela, uno de ellos asociado a un ánfora entera, posiblemente una imitación de una R-1 (A-IBE M113), caracterizada por una suavización de la carena de hombro respecto a los ejemplares fenicios (Jabaloy et alii, 1983, fig. 10, 3, fig. 19).

Un borde similar aparece en el Castillo de Doña Blanca, datado en el siglo VII a.n.e., aunque en este yacimiento es más bien una excepción (Ruiz Mata, 1985, fig. 7, 1). También aparece en la fase IVa del Cerro de la Mora, de fines del siglo VII a.n.e., a veces decorados con pintura. En algún caso es posible advertir, como ocurre en el Cerro del Centinela, que la carena de hombro se suaviza en estos ejemplares tardíos (Carrasco et alii, 1982, fig. 57, 301, fig. 60, 303, fig. 61, 327, fig. 62, 307, 1983, fig. 10). Esta suavización de la carena de hombro es más significativa si cabe, ante la presencia de ánforas con carena marcada aún en la segunda mitad del siglo VII a.n.e., como se puede comprobar en el nivel 7 del Cerro de los Infantes (Mendoza et alii, 1981, fig. 17, b, c).

La carena suave se corresponde con el tipo 2 de González Prats, presente en Peña Negra II (700-525 a.n.e.) (González Prats, 1983, pp. 154-155). Según dicho autor, este tipo de borde no tiene paralelos en el yacimiento alicantino, aunque algunos ejemplares se acercan a nuestro caso (González Prats, 1982, fig. 12, nº 5020).

La carena de hombro también se suaviza en las ánforas de Saladares a partir de la fase IIB (mediados del siglo VI a.n.e.) aunque aquí la tipología de los bordes de ánforas es diferente (Arteaga et alii, 1975, lam. XXXI).

La suavización de la carena también se aprecia en el estrato XI de la Colina de los Quemados, datado en el siglo VI a.n.e. (Luzón et alii, 1973, lam. XIX, d), y en el tipo B-1 de Pellicer, que empieza a aparecer desde el estrato 22 del Cerro Macareno (fines del siglo VII a.n.e., principios del siglo VI a.n.e.- Pellicer, 1982, fig. 11).

La producción de ánforas en los propios centros indígenas del Sureste al menos desde fines del siglo VII a.n.e. ha sido probada en varios casos: Cerro de los Infantes, Castellar de Librilla, Peña Negra, Alt de Benimaquía (en este último asociadas a la producción local de vino). En sí misma, la realización por parte de las comunidades indígenas de estos costosos y especializados envases es signo del importante salto cualitativo que ha experimentado tanto el carácter de la producción alfarera (aparición o especialización de la figura del alfarero a tiempo completo), como la de alimentos (ya que se prevee destinar parte de dicha producción al comercio), durante los siglos VIII-VII a.n.e. De todos modos, queda por saber el grado de idoneidad que este tipo de recipientes tenía para el transporte terrestre, al ser fabricados en centros relativamente alejados de la costa.

El fragmento nº 6 (fig. 4, 28) corresponde a una olla realizada en cerámica clara a torno y decorada con pintura. Un borde de perfil similar lo encontramos desde la fase IIIc a la fase IVa del Cerro de la Mora, datado en la segunda mitad del siglo VII a.n.e. (Carrasco et alii, 1982, fig. 44, 218, fig. 59, 325). También aparece en la fase IB1 de Saladares -primera mitad del siglo VII a.n.e.- (Arteaga et alii, 1975, lam. XI, 75). Perfiles similares aparecen en el estrato 10 de la Colina de los Quemados, datada en el siglo VI a.n.e. (Luzón et alii, 1973, lam. XXXII, a).

El nº 16 (fig. 3, 21) es un fragmento de cerámica pintada polícroma en la que se da una alternancia de bandas pintadas en rojo y filetes en negro que no limitan a aquéllas. Este tipo de decoración aparece durante toda la fase Protoibérica del Cerro de los Infantes y desde la fase III a la fase V del Cerro de la Mora, es decir, durante los siglos VII-VI a.n.e. Incluso en un caso encontramos este tipo de decoración asociado a una imitación de pithos fenicio sin asas (Carrasco et alii, 1982, fig. 35, 181, fig. 37, 186, 187, fig. 49, 261). Los encontramos también en la Cuesta de los Chinos (Fresneda et alii, 1985, fig. 7, ¿a, b, c?, en el Cerro del Centinela (Jabaloy, 1983, fig. 13, 1) y en la fase IB2, IIA de Saladares -mediados del siglo VII/mediados del siglo VI a.n.e.- (Arteaga et alii, 1975, lam. XVIII, 138, lam. XXIII, 172, lam. XXIV, 184, 185). Por contra, apenas hemos encontrados ejemplares en asentamientos fenicios (Schubart et alii, 1969, 599, estrato IV de

Toscanos), donde las líneas oscuras limitan las bandas rojizas e incluso se pintan en el interior de las mismas.

El nº 17 (fig. 3, 20) es un fragmento de cerámica pintada de "bandas estrechas". Este tipo de decoración es relativamente tardío dentro del Hierro Antiguo. Así aparece a partir de la fase II B de Saladares (mediados del siglo VI a.n.e.). Asimismo, los colores predominantes de la pintura en esta fase de Saladares son los naranjas o marrones (Arteaga, Serna, 1975, p. 70), tonos en los que encaja perfectamente este fragmento. Por otra parte, este tipo de decoración aparece en la fase IVa del Cerro de la Mora, es decir, hacia fines del siglo VII y perdura durante el siglo VI a.n.e. (Carrasco et alii, 1982, fig. 55, 321, fig. 57, 323). El motivo de bandas estrechas se corresponde con el motivo decorativo pintado MR12 de Peña Negra II (González Prats, 1983, p. 171).

El nº 20 (fig. 4, 23) presenta una decoración realizada también con bandas estrechas, pero esta vez combina el ocre con el rojo.

Hay que enfatizar la curiosa persistencia de centrarse en los motivos decorativos sencillos (bandas y filetes horizontales) en las Altiplanicies Granadinas durante al menos los siglos VII-VI a.n.e. (como se puede comprobar en el Cerro de la Mora, Albaicín o Cerro del Real), y su contraste con otros centros del Levante Meridional o Alto Guadalquivir, donde motivos decorativos mucho más complejos (círculos concéntricos, cabelleras, trazos entrecruzados) aparecen ya desde el siglo VII a.n.e.

En un sentido estricto, los materiales estudiados cubren un período de tiempo que va desde el siglo IX al siglo VI a.n.e. Este conjunto pertenece al período de transición entre el Bronce Final y el Hierro Antiguo, un momento que hasta ahora se había detectado de forma fragmentaria en la Hoya de Guadix, quedando así de manifiesto la gran importancia del yacimiento que tratamos.

En las prospecciones realizadas por M. Raya de Cárdenas en 1985 se localizaron dos núcleos del Bronce Final en los términos municipales de Guadix (Cortijo del Cura) y Alcudia de Guadix (La Ermita), éste último con un vaso carenado con un excelente paralelo en la fase I del Cerro de la Mora (respectivamente, Raya de Cárdenas, 1985, fig. 12; Carrasco y otros, 1981, fig. 6, 22). Estos mostraban la continuidad poblacional respecto a las secuencias del Bronce Pleno-Tardío presentes en la Cuesta del Negro de Purullena (y más recientemente en el propio Guadix). Estos nuevos hallazgos se han venido a sumar a los restos funerarios presentes en Gor y en Fonelas, que en un sentido laxo se podían adscribir también al Bronce Final (Molina, 1978; Ferrer Palma, 1977), y a los de Castellones de Ceal, cuya cronología se ha discutido mucho, pero que en todo caso tiene restos seguros de Hierro Antiguo.

Ante este panorama tan fragmentario, es de gran significación haber hallado materiales que permiten intuir la existencia de una secuencia completa entre el Bronce Final y el Hierro Antiguo en la cuenca media del río Gor, en una ubicación, por lo demás típica de este período, es decir, cercano al valle y controlando una importante vía de comunicación hacia el Guadiana Menor, y por tanto, el Alto Guadalquivir.

Junto a los materiales cerámicos documentados y analizados anteriormente, se documentó la existencia de un muro que pasamos a estudiar a continuación:

b) Muro: bajo la tumba romana nº 2 encontramos un muro de piedra incrustado en el perfil (lám. II, B). Su anchura media es de un metro. Se carea por ambos paramentos con piedra básicamente cuarcítica y algunos micaesquistos, no recortada, de tamaño medio a grande, (diámetro medio 45 cms, hasta 70 cms. en algunos casos) y colocada a seco. Su longitud documentada es de 4,80 mts. sin que se haya observado un giro hacia ningún lado. Teniendo en cuenta el material obtenido en la limpieza de la estructura así como el hecho de que esté situado directamente bajo la tumba nº 2, hay que pensar que dicho muro debe asociarse a la fase antigua del yacimiento (Bronce Final/Hierro Antiguo).

Los dos aspectos más sobresalientes de esta estructura radican en su forma: marcadamente rectilínea; y su sistema de construcción. Sobre este último, podemos decir que los paramentos revelan un cuidadoso careo realizado con piedras de gran tamaño poco trabajadas, en tanto que el interior está relleno de piedras de menor tamaño.

Podemos recordar aquí que durante el Bronce Final del Sureste de la Península Ibérica dominan las formas curvas en las estructuras de hábitat. Sin embargo, ello no significa que en este mismo período no se realicen viviendas con plantas angulares y muros rectos. De hecho, tenemos el caso del Sector Ibérico de Cobatillas la Vieja, cuyos niveles del Bronce Final están datados por radiocarbono en el siglo XI a.n.e. (Ros Sala, 1986, p. 331), asimismo, casas rectangulares y ovals conviven en el Cerro de la Encina (Arribas et alii, 1974, fig. 9, fig. 10; Molina González, 1978, p. 209), Cerro de la Mora (Carrasco et alii, 1986, pp. 355- 359, fig. 1, 2, lam. VII) o Peña Negra I (González Prats, 1983, p. 61, fig. 13, p. 84).

En el siglo VIII a.n.e. se aprecia una tendencia hacia un dominio de las formas angulares en algunos poblados: Cerro de la Encina, estratos II-I (Molina González, 1978, p. 209), Cerro de la Mora Ic, II (Carrasco et alii, 1986, pp. 355-359, fig. 1, 2, lam. VII), Saladares IA2 (González Prats, 1989, p. 21, fig. 1, nº 2), Castellar de Librilla Iib, Santa Catalina del Monte (Ros Sala, 1989, pp. 120-124; pp. 170-171, lam. 33), fase I de Alhonor (Fernández-Galiano, 1983, p. 42), Cástulo I (Blázquez et alii, 1985, p. 222). Esta tendencia se acenturará durante

el siglo VII a.n.e., haciéndose común en la mayor parte de los yacimientos del Hierro Antiguo.

A pesar de esta tendencia general, no hay una evolución lineal que lleve en todos los casos de la planta circular a la rectangular, así encontramos la superposición de estructuras circulares sobre las rectangulares de Peña Negra I (González Prats, 1983, p. 267). Algo similar ocurre en los niveles del siglo VIII a.n.e. en Acinipo (Aguayo et alii, 1991, p. 565, p. 568), y en la Colina de los Quemados (González Prats, 1983, p. 181). En ocasiones, esta superposición anómala ha sido interpretada como una tendencia a resistir las innovaciones urbanísticas (Eiroa, 1989, p. 102).

La adopción de las casas de planta angular entre las comunidades del Bronce Final del Sureste ha sido repetidamente atribuida a la influencia de los fenicios (Molina González, 1983, p. 116; Aguayo et alii, 1984, pp. 53-54; Ros Sala, 1989, p. 165, p. 12). A este respecto, es necesario recordar que las casas de planta angular están presentes antes de que se aprecie la existencia de cualquier otro elemento relacionable con el comercio fenicio. Así ocurre en Saladares, Peña Negra, Cerro de la Mora, Cerro de la Encina, Alhonz, ... y en el caso que aquí estamos estudiando. La ulterior generalización del tipo de casa ibérica, de planta angular, sí puede ser debida, sin embargo, a los fenicios.

De hecho, la elección de muros rectos o curvos en una vivienda puede deberse a diferentes influencias culturales, pero eso sólo es una parte, pues hay que contar también con cuestiones socioeconómicas (Arteaga et alii, 1980, pp. 84-85). En este sentido, la tendencia hacia la casa rectangular en Peña Negra I, es atribuida por A. González Prats a un proceso de mayor estabilidad poblacional, en un asentamiento con un poblamiento inicialmente esporádico (González Prats, 1983, p. 63, p. 82; 1989, pp. 25-26).

Por lo que respecta al sistema constructivo y los materiales empleados, las cabañas del Bronce Final del Sureste se suelen realizar sin cimientos, apoyándose los muros directamente sobre el suelo, a veces tras un somero trabajo de nivelación. Es frecuente, sin embargo, socavar la roca madre, cuando ésta es fácilmente trabajable, de modo que la cabaña sea semisubterránea. Esto ocurre en el estrato III de la Cuesta de los Chinos (Fresneda et alii, 1985, p. 248, fig. 4), es frecuente en Peña Negra I (González Prats, 1987, p. 468, 472; 1989, p. 23) y en la fase IIa del Castellar de Librilla (segunda mitad del siglo VIII a.n.e.) (Ros Sala, 1989, pp. 117-120; pp. 125-128, p. 168), o en las recientes excavaciones en el casco antiguo de Guadix. Excepto en el caso de Librilla, las cabañas semisubterráneas son de planta circular u oval y han sido construidas a base de materiales perecederos.

En algunos casos, sólo se utilizaron este tipo de materiales en la construcción de las viviendas, así ocurre en el Cerro de la Miel, en el siglo XI a.n.e. (Carrasco et alii, 1985, p. 295), pero también en estratos posteriores de los siglos X-IX a.n.e. del Cerro de la Mora (Carrasco et alii, 1983, p. 25; 1987c, p. 269, lam. Va), de Caramoro (González Prats, 1989, p. 21), en Peña Negra y Saladares, entre los siglos IX-VIII a.n.e. (González Prats, 1987, p. 468, p. 472; 1989, p. 21, p. 23, fig. 1, nº 2), en la fase Ia del Castellar de Librilla (primera mitad del siglo VIII) (Ros Sala, 1989, pp. 111-114).

En otros casos el sistema de construcción consiste en realizar un zócalo de piedras sin desbatar.

Por un lado, encontramos zócalos estrechos y realizados con una sola hilera de piedras de tamaño irregular o mampuestos de barro. Por ejemplo, se encuentran cabañas de este tipo en el Cerro de la Encina, datadas en el siglo X a.n.e. (Arribas et alii, 1974, p. 28, figs. 9 y 10; Molina González, 1978, p. 166, 209), en la fase I del Cerro de la Mora, en Gatas (siglo IX a.n.e.) (Castro et alii, 1990, pp. 230-231), en Peña Negra I (González Prats, 1983, p. 61, pp. 150-151), en la fase II del Castellar de Librilla (segunda mitad del siglo VIII a.n.e.) (Ros Sala, 1989, p. 124). Esta técnica se ha utilizado tanto en cabañas circulares como rectangulares.

En el Cerro del Real se utiliza este sistema de construcción, pero con adobes, durante los siglos IX-VIII a.n.e. (Pellicer et alii, 1962, p. 6, pp. 7-8, lam. 3; Molina González, 1978, p. 174), en este caso se trata de cabañas de planta circular u oval.

Por otro lado, están los zócalos realizados con una doble hilera de piedras medianas o grandes, trabadas con piedra menuda. Un ejemplo un tanto anómalo es el de Cobatillas la Vieja, realizado con doble hilera de piedras grandes, datado en el siglo XI a.n.e., y que hay que considerar como una pervivencia de los sistemas de construcción argáricos (Ros Sala, 1986, p. 331). Este tipo de obra aparece también en el Cerro de la Encina, en viviendas de planta oval datadas en el siglo IX a.n.e. (Contreras, 1982, p. 318). En el Cerro de la Mora encontramos al mismo sistema desde el estrato Ic (fines del siglo IX-principios del siglo VIII a.n.e.), perdurando posteriormente (Carrasco et alii, 1983, p. 26), en Saladares desde la fase IA2 (primera mitad del siglo VIII a.n.e.) (Arteaga et alii, 1980, p. 75 p. 76, p. 79, p. 84), aparece también desde Cástulo I (siglo VIII a.n.e.) (Blázquez et alii, 1985, p. 222). Este elaborado sistema de construcción, que se corresponde, grosso modo, con el de la estructura que estamos estudiando, aparece tanto en viviendas circulares u ovales como rectangulares.

A veces la doble hilera está conformada por grandes piedras que se hincan en el suelo, así ocurre en el Cerro de Cabezuelos (siglos IX-VIII a.n.e.) (Contreras, 1982, pp. 314-315), en la fase Ic de Peña Negra (segunda mitad del siglo VIII

a.n.e.) (González Prats, 1987, pp. 141-142; 1989, pp. 23-25), y en el Peñón de la Reina durante los siglos VIII-VII a.n.e. (Martínez et alii, 1980, p. 17, lam. XIII). Esta técnica se utiliza exclusivamente en casas de planta oval.

Durante el Bronce Final las piedras se colocan a seco, aunque a partir de la fase II del Cerro de la Mora (siglo VIII a.n.e.), se empiezan a trabar con barro (Carrasco et alii, 1982, p. 311; 1983, p. 26).

Este complejo panorama constructivo nos ha de poner en guardia ante el peligro de generalizar sobre la urbanística del Bronce Final. Por otro lado, la propia diversidad existente en un solo poblado, como Peña Negra I nos indica que ni mucho menos debemos extrapolar los datos sobre esta estructura al resto de poblado. Asimismo, la convivencia de soluciones técnicas y formales tan diferentes en los mismos asentamientos o en poblados cercanos plantea el grado de validez de la tradición cultural como elemento explicativo de los cambios en la manera de construir las casas.

G. Ruiz Zapatero ha resumido esta cuestión. Según dicho autor la vivienda prehistórica ha de ser estudiada desde un punto de vista contextualista y no sólo desde la óptica de la tradición cultural. Los factores críticos que más influyen en la forma de la casa son la orientación económica y el grado de fijación al territorio (Ruiz Zapatero et alii, 1984, pp. 80-81; pp. 93-95).

Según R. Hunter-Anderson la concepción de la casa como contenedor obliga a reconocer que las casas circulares son la mejor forma de guardar contenidos homogéneos, mientras que las rectangulares responden a una mayor capacidad de compartimentación para contenidos heterogéneos. La mayor complejidad de las actividades funcionales y simbólicas que se realizan en una vivienda hace aconsejable compartimentar el espacio interno de la misma, y las casas circulares sólo permiten una división cómoda en dos mitades, de ahí que se opte en ciertas ocasiones por la adopción de plantas angulares (Hunter-Anderson, 1977).

Teniendo en cuenta solamente estas consideraciones es poco serio que atribuyamos a una mera influencia colonial la aparición de casas de planta angular entre las comunidades indígenas del Sureste Peninsular. El hecho de que éstas sean más numerosas en el siglo VIII a.n.e. que en el período anterior es una consecuencia del proceso de creciente complejidad interna de dichas comunidades, proceso en el que los propios fenicios sólo cumplen un papel parcial.

Cerca de Guadix contamos con el poblado de la Cuesta del Negro de Purullena, cuyos últimos niveles de ocupación se atribuyen al Bronce Tardío. La fechación de la destrucción de la cabaña más moderna de la zona A es 1145 +/- 35 a.n.e.

En su Tesis Doctoral, Molina considera esta fecha muy alta y piensa que el final de la Cuesta del Negro se debería situar en torno a 1000 a.n.e. (Molina González, 1978, pp. 170-171), lo cual no deja de ser cierta contradicción, dado que según su periodización, el Bronce Tardío concluiría hacia 1100 a.n.e. Datos posteriores como los del Cerro de la Miel, Fuente Alamo, Llanete de los Moros o Cobatillas la Vieja aconsejan mantener la validez de las fechas de radiocarbono para datar el momento de abandono de la Cuesta del Negro.

La reutilización del sepulcro Domingo 1 de la Necrópolis de Fonelas se data por los brazaletes de bronce, botón de bronce y resto de ajuar en el paso del Bronce Final I al Bronce Final II (hacia la primera mitad del siglo IX a.n.e.), dado que las cerámicas que aparecen en su interior, no están relacionadas estratigráficamente con el último enterramiento (Ferrer, 1977, p. 198). La similitud de alguna forma cerámica con las de la Cuesta del Negro permitiría incluso adelantar las fechas de la reutilización al Bronce Tardío, aunque dicha forma cerámica también aparece en niveles de los siglos XI-X a.n.e. del Cerro de la Miel-Cerro de la Mora y Cerro de la Encina. De todos modos, el botón de bronce (restos de atalaje de caballo), que en un primer momento fue datado en el siglo IX a.n.e. por sus paralelos en la Ría de Huelva y el Cabezo de Araya (Ferrer, 1977, p. 196, fig. 10, 2; Molina González, 1978, p. 214), es posiblemente orientalizante (Ferrer Albelda et alii, 1991), con lo cual no puede ser anterior al siglo VIII a.n.e. Esta disparidad de fechas entre los materiales se debe a que el sepulcro Domingo 1 ha sido reutilizado varias veces (al menos 3) como enterramiento, produciéndose la lógica remoción de los restos más antiguos.

También algunos de los sepulcros megalíticos de las necrópolis de Gor fueron reutilizados durante el Bronce Final e incluso encontramos en ellas algún objeto orientalizante (cuentas de collar de vidrio azul, broche de cinturón), que podrían hacer perdurar su ocupación al menos hasta el siglo VIII a.n.e. (Pellicer, 1987, p. 449).

Los materiales del nivel más antiguo de la necrópolis de Castellones de Ceal fueron datados por F. Molina a comienzos del siglo VII a.n.e. (adelantando la fechación inicial dada por A. Blanco en torno a 600 a.n.e.). El criterio de datación fue la presencia de vasijas a mano propias de momentos finales del Bronce Final y de fíbulas de doble resorte no anteriores a 700 a.n.e. (Molina González, 1978, pp. 179-180). Hoy en día se han encontrado fíbulas de doble resorte anteriores a 700 a.n.e. en la Vega de Granada y el Valle del Guadalentín, por lo cual, la cronología de estas tumbas no tiene por qué ser forzosamente posterior al siglo VIII a.n.e. De hecho, la temprana realización de las fuentes de carena media y alta en cerámica gris a torno en las Altiplanicies Intrabéticas desaconsejan mantener una fecha muy tardía para estos enterramientos. Ello no significa, sin

embargo, que no exista una perduración posterior de la necrópolis como prueban el ánfora y las fíbulas de tipo Acebuchal y Anular Hispánica fechables entre la segunda mitad del siglo VII y el siglo VI a.n.e.

Cerca de esta necrópolis se halla el asentamiento correspondiente, y aunque no hay datos directos de una ocupación del mismo durante el Bronce Final, contamos con el cercano depósito de Arroyomolinos. Se trata de un conocido escondite con diversas piezas de bronce (hachas de talón y anillas, de aletas laterales con anilla de suspensión), encuadrado por F. Molina González en el Bronce Final I (siglos XI-X a.n.e.).

En este mismo sentido hay que mencionar otros hallazgos fuera de contexto como el hacha de apéndices laterales de Guadix y el hacha de talón de Diezma (Molina González, 1978, p. 216)

También se han encontrado restos del Bronce Final en el Cortijo del Cura (Guadix), La Ermita (Alcudia de Guadix). Estos asentamientos se ubican en cerros que se encuentran en el contacto entre los valles de los ríos Fardes y Guadix y las estribaciones del Marquesado de Zenete, al tiempo que controlan los pasos meridionales de la Hoya de Guadix (Raya de Cárdenas, 1987, pp. 104, 108, fig. 1, fig. 12). Por su parte, durante las intervenciones de urgencia que se han realizado en el casco antiguo de la ciudad de Guadix (años 1991, 1992 y 1993), se han producido hallazgos correspondientes a estructuras de ocupación del Bronce Final.

Todos estos datos permiten realizar una primera evaluación de la importancia de la Hoya de Guadix. El caso del sepulcro Domingo 1 de Fonelas es muy significativo, pues el triple enterramiento ha exigido el desmonte y la reconstrucción parcial del monumento megalítico, lo cual supone un fuerte empeño por utilizar un lugar de enterramiento ya antiguo, con las implicaciones de prestigio que ello puede conllevar. La concentración puntual de riqueza en uno de los individuos enterrados encaja con el esfuerzo realizado en el momento de la deposición. El último individuo enterrado en este sepulcro iba acompañado de 22 brazaletes de bronce, concentración de piezas que sólo se repite en un enterramiento de Les Moreres (Crevillente). Como ya hemos dicho, los brazaletes de bronce son muy comunes en los enterramientos del Bronce Final del Sureste.

Hay que tener en cuenta que durante el Bronce Final se está produciendo en el Sureste Peninsular de forma sistemática una rica variedad de tipos procedentes de la Metalurgia Baioes-Venat, a los que acompaña la tecnología del bronce de estaño (Ruiz Gálvez, 1986), por lo que este material adquiere una singular importancia. Su presencia recurrente en los enterramientos puede ser un símbolo de estatus, pero el hecho de que aparezcan brazaletes y no espadas indica que lo que se tiene en cuenta sobre todo es el valor primario del bronce. La concentración

de estos brazaletes en manos de un solo individuo es indicativo de la valoración cuantitativa que se está produciendo del bronce, de hecho, la repetición obsesiva de los brazaletes de bronce en tumbas y su ausencia generalizada de los poblados, puede deberse a que éstos funcionan como lingotes o unidades de intercambio de metal (al igual que ocurre con las hachas de Crevillente o la Alcudia de Elche), con lo que nos encontraríamos con un comportamiento de amortización y retirada de cierta cantidad de bronce de la circulación.

El carácter excepcional del último enterramiento de Fonelas se refuerza si consideramos que el individuo en cuestión tiene un botón cónico de bronce, que en realidad corresponde a un arreo de caballo (Ferrer Albelda et alii, 1991). La posesión de este animal, cuando el registro faunístico indica su carácter minoritario debió ser otro elemento de prestigio que, lógicamente, fue utilizado en este enterramiento excepcional (un botón similar existe en la necrópolis del Cortijo de las Torres; Carrasco et alii, 1986a, fig. 4, 9).

Estos enterramientos muestran una preferencia por manifestar la posesión y control del bronce y su distribución, lo cual nos plantea cuál era una de las actividades socialmente más valoradas durante los siglos IX-VIII a.n.e. en el territorio que estamos estudiando.

En resumen: la Fase Montealegre I se corresponde cronológicamente con un período que va, al menos, del siglo IX- al siglo VI a.n.e. Esta dilatada ocupación es contemporánea al intermedio comprendido entre las fases Ib-Va del Cerro de la Mora. Hemos detectado la presencia de una potente estructura muraria datable entre los siglos IX-VIII a.n.e. construída previamente a los primeros contactos con el Mundo Fenicio, por otro lado, estos últimos se hacen patentes a través de fragmentos cerámicos encontrados en superficie, fragmentos típicos de los contextos orientalizantes del Sureste Peninsular.

Este tipo de hallazgos, así como otros cercanos que hemos descrito más arriba nos hacen pensar que la escasez de yacimientos de este período en la Provincia de Granada no era real, sino que se debía a carencias en la investigación. De hecho, las investigaciones de los años 80 han demostrado la proliferación de los mismos en la Vega de Granada y en la Altiplanicie de Baza-Huéscar (ver Moreno et alii, 1985; Aguayo et alii, 1987 y Fresneda et alii, 1989), así como los documentados por parte nuestra en la zona del valle del río Fardes (comarca de Guadix), que, aunque de escasa entidad (más parecido a ocupaciones tipo Cerro del Centinela) no son en absoluto escasos.

La concentración de asentamientos del Bronce Final-Hierro Antiguo localizados en las Altiplanicies Granadinas (a los que se suma el yacimiento de Montealegre) pone de relieve la importancia de estos territorios en este período, especialmente su papel como intermediarios entre áreas intensamente conectadas

entre sí. Así hay que enfatizar el papel de la ruta O-E entre Tartessos y el Levante Meridional durante el Bronce Final, paralela a una ruta marítima de cabotaje y que queda en evidencia ante la dispersión de la metalurgia atlántica y las cerámicas con decoración de retícula bruñida. Asimismo hay que mencionar la ulterior importancia de estos territorios como intermediarios entre los centros fenicios costeros y un área de gran interés económico para éstos como es el Alto Guadalquivir. Esta última es patente ante la relativa abundancia de materiales fenicios e imitaciones de los mismos en todo el Sureste Peninsular en una cuantía insospechada hasta hacía poco tiempo en que todavía se juzgaban a los centros fenicios de Málaga-Granada como meras escalas marítimas para llegar al Estrecho de Gibraltar y por tanto a Tartessos (Gasull, 1986).

Resaltemos igualmente el interés de haber documentado ocupaciones y estructuras de hábitat en un valle del que hasta ahora tan sólo se conocían numerosas estructuras de enterramiento, como es la cuenca media y baja del Gor. Sólo un estudio más exhaustivo podría poner en relación real y tangible los dos tipos de centros, observando la continuidad de uso de los enterramientos megalíticos tal y como se documentaron en relación a los existentes en la cuenca del Fardes, del cual el valle del Gor es dependiente.

MONTEALEGRE II

La falta de estratigrafía y de un lote suficientemente amplio de materiales cerámicos nos impiden proponer una cronología sin problemas para la datación del yacimiento en su fase más moderna, si bien este horizonte se relaciona claramente con el período romano.

Los estudios de cerámica poco pueden dar, ya que sólo contamos con un fragmento de un posible cuenco burilado al exterior, de lo que hemos dado en denominar común fina romana (para otros autores paleocristiana, común castulonensis o hispánica tardía). La falta de claras africanas o de sigillatas hispánicas sólo nos resultaría orientativa para poder fecharlo entre los siglos IV y VIII d.n.e., si bien poco a poco intentaremos cerrar dicha banda cronológica.

Las únicas estructuras localizadas se refieren a dos tumbas que pasamos a describir a continuación:

La Tumba nº 1: está fragmentada tanto en los pies como todo el lateral oriental, conservándose el lateral occidental. Constituida por tégulas en la base y cubierta del mismo material dispuesto a dos aguas. Por su estado de conservación no podemos apreciar si sobre la junta superior presentaban recubierto de ímbrices.

Los rebordes de las téglas están hacia abajo tanto en la base como en la cubierta. No presenta ningún material asociable, ni óseo ni artefactual.

Tumba nº 2: mejor conservada en planta que la anterior. Presenta la misma factura de téglas en la base y cubierta a dos aguas (lám. II, A). En este caso, el reborde de las téglas se sitúan hacia arriba. Tampoco puede comprobarse la utilización de ímbrices en la cubierta. Lo que presuponemos cabecera de tumba presenta el cierre con otra téglula dispuesta en vertical. No se documenta ajuar asociado, aunque sí algunos restos óseos, en la base de la tumba, correspondientes a la caña de huesos largos (dos fragmentos de tibia, aunque muy alterados, lo que impide hacer ninguna apreciación respecto de los mismos).

Ambas tumbas presentan la misma orientación, con la cabecera hacia el Oeste.

El muro sobre el que se sitúa la segunda de las sepulturas no es, en absoluto contemporáneo tanto por la cerámica a la cual aparece asociado (vs. supra, Montealegre I), como por tratarse de una estructura subyacente a las tumbas (lám. II, B). Dicho muro no creemos que fuese conocido por los pobladores romanos del hábitat quienes debieron haber alterado el mismo para la construcción de la tumba romana, ya que se superponen uno al otro sin solución de continuidad. En el extremo oriental de la tumba (los pies), se observan piedras de menor tamaño que las correspondientes al muro en sentido estricto, por lo que parece ser que empezaron a excavar para la construcción de la sepultura y llegando al muro, lo rompieron en su parte superior; posteriormente, para equilibrar las tegulae en plano, debieron incluir algunas piedras de tamaño inferior a las del muro (10-15 cms. de diámetro medio).

Otro elemento que prueba la inexistencia del muro en época romana es la diferencia de profundidad a la que se encuentran ambas tumbas (treinta centímetros más alta la tumba nº 2 que la tumba nº 1), lo que implicaría que aquella que se superpone a la estructura prehistórica no pudo profundizarse más al topar literalmente contra la misma.

La cerámica de lujo de tipo romana identificada se reduce a un fragmento de pared de un posible cuenco de común fina romana, con decoración burilada al exterior (fig. 4, 33). La escasa entidad del mismo impide asociarlo a una forma concreta, pero el diámetro que presenta nos permitiría posiblemente situarlo dentro de la forma 1 (Orfila, en prensa). Esta forma es una de las más frecuentes dentro de la serie de las cerámicas tardías, y la tenemos documentada en casi todos los yacimientos conocidos de la comarca de Guadix contemporáneos (entre los que destacamos los dos aquí citados posteriormente: Gr-Fon-11 y Baños de Alicún). También aparece muy frecuentemente en los niveles tardíos de Guadix (resultado de las tres intervenciones de urgencia realizadas entre los años 1991 y 1993, en

proceso de estudio), casi nunca asociadas a claras nortafrianas, y, cuando lo están, éstas se reducen a algunos fragmentos algo rodados de Clara D, pero nunca a clara C. En la zona de Fiñana (Almería), uno de los principales accesos a la comarca de Guadix, estas cerámicas se encuentran igualmente en algunos contextos tardíos, sobre todo en el yacimiento denominado Pago de Escuchagranos, cuya ocupación no va más allá de inicios del siglo V. Son las formas más frecuentes de estas series tardías en otros yacimientos del sureste, como, por ejemplo, en Begastri (Ramallo Asensio, 1984).

La forma de cuenco de borde entrante ha sido individualizada por Blázquez y Molina (1979, p. 234, forma II, con tres variantes, a, b y c), diferenciándola de la Rigoir 5 en paleocristiana por su carena y por el tipo de borde. Orfila (en prensa) plantea una mayor aproximación a la forma Rigoir 8, pero el tipo de carena y borde almendrado característico de la forma de Rigoir lo apartan de este paralelo, al margen de presentar su forma 9 que es, más próxima a aquélla del autor francés. Otro problema que se plantea se relaciona con la cronología aportada por esta autora la cual se basa exclusivamente en paralelos con otras producciones, a falta de estratigrafías para el período correspondiente en el sureste peninsular. Sin embargo, en Cástulo, donde se encuentra este material con mayor representación secuencial hasta el momento nunca aparece en niveles anteriores a la mitad del siglo IV (Blázquez y Molina, 1979; Blázquez, Contreras y Urruela, 1984). A nosotros mismos, en Guadix, donde la presencia de esta cerámica es constante a lo largo de los niveles de ocupación y relleno tardoantiguos, nunca se nos presenta en niveles anteriores a esta misma cronología. En la excavación de un asentamiento rural en Fiñana durante el año 1991, y a la que hacemos referencia en este artículo, cuya datación no puede ser posterior a finales del siglo III, no apareció ni un sólo fragmento adscribible a esta forma.

La asociación formal más frecuente en los estratos tardíos de este grupo cerámico (común fina romana) consiste en el conjunto constituido por esta forma junto a la forma 2 de Orfila, quien data esta última en los siglos IV y V. Por tanto, no nos queda sino confirmar que la forma 1 se desarrolla básicamente en este mismo período, a falta de comprobar el momento final de su fabricación.

El resto de material cerámico resulta imposible adscribirlo, por su fragmentación y por la ausencia de formas, técnicas o decoraciones específicas, a un período claramente romano, excepto algunos fragmentos amorfos que podrían ser identificados como restos de pared de dolia.

Este fragmento de cuenco al que hacemos mención se localizó en el extremo suroccidental de la unidad geomorfológica donde se sitúa el yacimiento. En principio nos planteamos la posibilidad de que en esta misma unidad se encontraran por un lado el centro de hábitat, lógicamente más próximo al valle,

mientras que la necrópolis correspondiente, casi seguro de poca entidad, se situaría en la parte más elevada, hacia el oriente del asentamiento, en la zona más alejada del valle. Esta hipótesis se validaría por el hecho de que incluso los fragmentos de dolia localizados lo han sido en la parte más próxima al valle, mientras que ninguno de las piezas cerámicas documentadas en el área de la necrópolis corresponden claramente a la fase romana de la ocupación de la loma.

Este sistema de asentamiento en una unidad geomorfológica ya ha sido documentado en otros yacimientos de zonas próximas, como en el valle de Fiñana (Almería), donde recientemente se excavó un pequeño asentamiento rural (Al-Fñ-59, La Cortijada o Cortijo Cecilio, citado anteriormente) y en el cual el área de necrópolis se sitúa en la misma loma, en la parte más alejada del valle de la misma, frente a la zona de habitación que se encuentra más próxima al valle. Cronológicamente este yacimiento presenta una cronología situable entre los siglos II y III d.n.e. si bien la necrópolis correspondiente no hemos podido determinar si corresponde a la primera o a la segunda fase de ocupación del asentamiento rural (Adroher y López, en prensa).

Otro ejemplo, al que hemos hecho alguna mención (vs. supra), es el yacimiento de Los Baños de Alicún. Sobre el cerro de juntas de los ríos Gor y Fardes existe una gran explanada conocida desde antiguo por un buen conjunto de sepulturas megalíticas. Aquí mismo, hacia el oeste de esta misma plana, pueden verse en superficie gran cantidad de tégulas muy concentradas, con escasos fragmentos de cerámicas. Hacia el nordeste de la misma zona existen concentraciones de cerámicas de almacenaje asociadas a cerámicas tardías de semejantes características técnicas que la que hemos analizado para el yacimiento de Montea-legre. Posiblemente se trate de otro ejemplo de un hábitat asociado a necrópolis dentro de la misma unidad geomorfológica con cronología que podría establecerse, con mayor índice de seguridad, entre los siglos IV y V.

Aún resultado de nuestros trabajos en la zona de Guadix, tenemos un tercer yacimiento, conocido como Gr-Fon-11, situado frente al cerro de juntas del Huélagó con el Fardes, algo más al sur que el de los Baños de Alicún a unos seis kilómetros en el mismo valle del río Fardes. Este asentamiento, aunque de mayor entidad, presenta también, dentro de la misma unidad geomorfológica, una zona de hábitat y una zona de necrópolis, a juzgar por el reparto que presenta en superficie la concentración de cerámicas, por un lado, y la concentración de tégulas, por otro, lo que nos podría indicar un separación espacial de las dos zonas pero siempre dentro de la misma unidad geomorfológica.

Hemos visto que, ante la ausencia de otros elementos cerámicos, la sola pieza datable no nos permite cerrar la cronología en exceso. Así pues, el único

sistema que nos resta para tratar de fechar nuestro yacimiento de Gorafe son los estudios relacionados con el sistema constructivo de las sepulturas.

Como comentamos anteriormente se trata de enterramientos en tégula con cubierta a dos aguas, sin que podamos haber documentado si la junta superior de la cubierta presentaba remate de ímbrices.

Los restos de tumbas romanas encontrados son los frecuentes en la fase tardo-romana en la provincia de Granada, como es el caso de Montefrío (Tarradell, 1947-48), Marugán (Gómez Moreno, 1888), Baza (Góngora y Martínez, 1888), Valderrubio (Mendoza et al., 1981), Moraleda (García Serrano, 1966), Padul (Jabaloy, 1985) Huéscar (Jabaloy, 1985), Albaicín (Burgos y Moreno, 1989) o Ventas de Zafarraya (Ramos, Toro y Pérez, 1987), con parecidos sistemas de enterramiento a base de tegulae dispuestas a dos aguas.

Contemporáneamente se desarrollan, al parecer, otros sistemas constructivos en fosa, con o sin lajas de piedra, a veces en la misma necrópolis que las de tegulae. Este es el caso de Alomartes (Pérez y Toro, 1987), Zafarraya (Ramos, Toro y Pérez, 1987a), Colomera (Pérez y Toro, 1987a) Valderrubio (Mendoza et al., 1981), Loja (Sánchez y Castellano, 1990a; Castellano y Sánchez, 1991; Sánchez et al, en prensa), o Algarinejo (Sánchez y Castellano, 1990b), datadas básicamente entre los siglos IV y V.

Se dan algunos casos de tumbas sin tégula, exclusivamente en fosa construida, como en Viña de los Chafandines, Baza, si bien plantean serios problemas de cronología, aún no satisfactoriamente aclarados (Salvatierra et al., 1984), pero que parecen más modernas que las que acabamos de citar.

Pudiera plantearse que las necrópolis que no utilizan sistemas de tegulae son ligeramente posteriores, ya que incluso suelen presentar frecuentemente algún tipo de ajuar, básicamente jarritas de perfil en "S" y un asa vertical, asociables culturalmente a época visigoda, por tanto, posteriores al siglo IV d.n.e. Es decir, que, o bien existe una contemporaneidad en el tiempo en torno al siglo V en que se utilizan ambos sistemas constructivos, o bien, se trata, en los casos anteriormente referidos, de necrópolis que mantienen su funcionalidad desde el siglo III al siglo VI, al menos, si bien, ambas opciones no son excluyentes.

De esta forma, las tumbas de tegulae, generalmente sin ajuar, serían de clara tradición romana, y perdurarían fácilmente hasta la mitad del siglo V; a finales del siglo IV y principios de siglo V se empezarían a utilizar los enterramientos en fosas rectangulares, generalmente con paredes de piedra y cubierta plana de material de construcción (tegulas) o de lajas de piedra dependiendo del medio geológico donde se situase la necrópolis. De hecho, en algunas zonas de Murcia se observa este lento pero ineluctable proceso de desaparición de las estructuras funerarias en tégulas, desde el siglo IV en adelante (Bonet, 1988; Martínez

Rodríguez, 1991). Ya en el siglo VI, sobre todo a partir de su segunda mitad, la casi totalidad de las tumbas utilizarían este nuevo sistema. Por lo tanto, puesto que sólo conocemos en nuestro caso enterramientos de tipo romano clásico, la fechación de la necrópolis, a la luz de los datos de cronología cerámica por un lado y de tipología de construcción por el otro, se cerraría en torno al siglo III o IV d.n.e.

Si nos atenemos a los datos proporcionados por otras excavaciones de áreas de necrópolis en otros puntos de la Península observamos que para los siglos VI y VII no encontramos ya enterramientos de tipo tegulae. Existen necrópolis como la de Carpio de Tajo, en Toledo (Ripoll, 1985), cuyos inicios se establecen en torno a la primera mitad del siglo VI y donde no aparecen sistemas de enterramientos del tipo que aquí presentamos. De la necrópolis documentada en la ciudad de Ronda (Adroher, Aguayo y Ruiz, 1991) contamos con el mismo tipo de problema, ya que las tumbas documentadas no corresponden sino al tipo de enterramiento en fosa rectangular con estructura de piedra o ladrillo, y en ningún caso aparecen asociadas a materiales anteriores a finales del siglo V. Si observamos las excavaciones realizadas en el área de las necrópolis de Tarraco comprobamos que de los distintos tipos documentados la de tegulae a dos aguas corresponde a una fase intermedia del uso de dichas necrópolis, es decir, el período comprendido entre los siglos III y V.

El hecho de existir en una misma loma hábitat y necrópolis nos plantea algunos problemas en relación con el sistema de ocupación del espacio en zonas alejadas de los grandes centros geopolíticos de la antigüedad tardía. Si bien el valle del río Gor es uno de los principales accesos desde Sierra de Baza y Depresión de Guadix hacia la provincia de Jaén, no es menos cierto que esta vía de comunicación debió ser menor que otras alternativas. No siempre las vías fluviales son tan claramente utilizadas como ejes de paso, como sucede por ejemplo en el vecino río Fardes, donde en algunos puntos la estrechez del valle lo hace absolutamente intransitable. El Gor presenta mayor anchura a lo largo de su recorrido, pero, sin duda, no existen grandes centros romanos que puedan englobar y definir una red viaria perfectamente establecida. Es decir, que durante la época romana, esta zona queda totalmente al margen de los principales accesos a los centros focales de población del sureste peninsular. Ello conlleva a que, en realidad, no se trate sino de un pequeño asentamiento rural que, quizás, ni siquiera pudiera recibir el nombre de villa en sentido estricto, ya que su única función consistiría en la explotación del territorio circundante con la casi única intención de componer una economía claramente autárquica, siendo reflejo de ello, la escasez de elementos de importación que se documentan en superficie.

Es decir, la unidad familiar relacionada con la estructura productiva en nuestro caso parece evidenciarse a partir de explotaciones sin carácter excedentario; y es que el tipo de relación social existente entre los habitantes de ese asentamiento

debió ser, probablemente, familiar, puesto que la ocupación fue muy puntual en el tiempo y pequeña en el espacio. Observemos que no existe una clara tendencia a imponer una gran necrópolis de un lado, y separarla excesivamente desde un punto de vista espacial del centro de habitación por otro, como sería lógico pensar en el caso de que se tratase bien de un gran centro poblacional o bien de una gran villae con pars rustica y pars urbana fuertemente desarrolladas. Al margen de ello, gran número de estas verdaderas villae subsisten en períodos posteriores en forma de asentamientos de la antigüedad tardía relacionados con centros de culto y, por ende, de necrópolis a éstos asociadas. Evidentemente, éste no es nuestro caso. Parece claro que la inexistencia de diferencias notables en las sepulturas de las necrópolis asociadas a asentamientos rurales bajo imperiales debe interpretarse como una lógica consecuencia de la estructura familiar organizada en torno a este tipo de unidades de producción.

El tipo de hábitat en esta zona del valle del Gor para la época romana, como consecuencia de todo lo comentado anteriormente, debería responder a las características de un hábitat disperso (García Moreno, 1991), aunque dudamos que pudiera definirse como intensivo, ya que prospecciones realizadas por los alrededores no han proporcionado más datos sobre otros asentamientos contemporáneos. De todas formas, también es cierto que en algunos casos en los que se da un predominio de hábitat agrupado no es óbice para la coexistencia con distribuciones dispersas intercalares.

BIBLIOGRAFIA

- ADROHER, AGUAYO y RUIZ, en prensa. A.M. Adroher, P. Aguayo y C. Ruiz: "*Excavación de urgencia en calle Juan Bosco (Ronda, Málaga)*", en Anuario Arqueológico Andaluz, II, 1991, en prensa.
- ADROHER y LOPEZ, en prensa. A.M^a Adroher y A. López: "*Excavación de urgencia en Cortijo Cecilio (Al-Fñ-59)*", Fiñana, Almería", en Anuario Arqueológico Andaluz, II, 1991, en prensa.
- AGUAYO, CARRILERO, FLORES y DE LA TORRE, 1984. P. Aguayo, M. Carrilero, C. Flores y M^a P. de la Torre: "*El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga): un ejemplo de cabañas del Bronce Final y su evolución*", en Arqueología Espacial 9, 1984, pp. 33-57.
- AGUAYO y SALVATIERRA, 1987. P. Aguayo y V. Salvatierra: "*El poblamiento ibérico en las Altiplanicies Granadinas*", en Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico. Jaén 1985, Jaén, 1987, pp. 229-238.

- AGUAYO, CARRILERO y MARTINEZ, 1991. P. Aguayo, M. Carrilero y G. Martínez: "*La presencia fenicia y el proceso de aculturación de las comunidades del Bronce Final de la Depresión de Ronda (Málaga)*", en *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*. t. II, Roma 1987, Roma, 1991, pp. 559-572.
- ARRIBAS, PAREJA, MOLINA GONZALEZ, ARTEAGA y MOLINA FAJARDO, 1974. A. Arribas, E. Pareja, M. Molina González, O. Arteaga y F. Molina Fajardo: "*Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce, Cerro de la Encina, Monachil (Granada). El corte estratigráfico nº 3*", en *Excavaciones Arqueológicas en España*, 81, 1974.
- ARTEAGA y SERNA, 1975. O. Arteaga y M.R. Serna: "*Los Saladares 71*", en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, arqueología, 3, 1975.
- ARTEAGA y SERNA, 1979-80. O. Arteaga y M.R. Serna: "*Las primeras fases del poblado de Los Saladares*", en *Ampurias* 41-42, 1979-80, pp. 65-137.
- AUBET, 1989. M^a E. Aubet: "*La Mesa de Setefilla: la secuencia estratigráfica del corte I*", en M. E. Aubet (ed): *Tartessos: arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Barcelona, 1989, pp. 297-338.
- BLAZQUEZ y MOLINA, 1979. J.M. Blázquez y F. Molina: "*La villa urbana de El Olivar*", en *Blázquez: Cástulo II, Excavaciones Arqueológicas en España*, 105, 1979, pp. 109-255.
- BLAZQUEZ, CONTRERAS y URRUELA, 1984. J.M. Blázquez, R. Contreras y J.J. Urruela: "*Cástulo IV*", en *Excavaciones arqueológicas en España*, 131, 1984.
- BLAZQUEZ, GARCIA GELABERT y LOPEZ PARDO, 1985. J.M. Blázquez, M^a.P. García Gelabert y F. López Pardo: "*Cástulo V*", en *Excavaciones Arqueológicas en España*, 1985
- BONET, 1988. M^a Angeles Bonet Pérez: "*La necrópolis tardorromana de La Molineta, Puerto de Mazarrón (Murcia). Calle Santa Teresa, nº 36-38*", en *Antigüedad y cristianismo*, V, *Arte y poblamiento en el sureste peninsular durante los últimos siglos de civilización romana*, Murcia, 1988, pp. 449-470.
- BURGOS y MORENO, 1989. Antonio Burgos y M^a Auxilio Moreno: "*Excavación de urgencia en el solar situado en la calle Panaderos números 21-23 en el Albaicín (Granada)*", en *Anuario Arqueológico Andaluz*, III, 1989, pp. 192-195.
- CARO BELLIDO, A., 1989: *Cerámica gris a torno tartesia*. Universidad de Cádiz, 1989.
- CARRASCO, PACHON y PASTOR, 1980. J. Carrasco, J.A. Pachón y M. Pastor: "*Hallazgos del Bronce Final en la provincia de Jaén. La necrópolis de*

- Cerro Alcalá (Torres, Jaén)*", en Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 5, 1980, pp. 221-236.
- CARRASCO, PACHON y PASTOR, 1981. J. Carrasco, J.A. Pachón y M. Pastor: "*Cerro de la Mora (Moraleda de Zafayona). Resultados preliminares de la segunda campaña de excavaciones (1981). El corte 4*", en Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 6, 1981, pp. 307-354.
- CARRASCO, PACHON y PASTOR, 1982. J. Carrasco, J.A. Pachón y M. Pastor: "*Cerro de la Mora I (Moraleda de Zafayona, Granada). Excavaciones de 1979*", en Noticiario Arqueológico Hispánico, 13, 1982, pp. 307-354.
- CARRASCO, PACHON y PASTOR, 1985. J. Carrasco, J.A. Pachón y M. Pastor: "*Nuevos hallazgos en el conjunto arqueológico del Cerro de la Mora. Las espada de lengua de carpa y la fíbula de codo del Cerro de la Miel (Moraleda de Zafayona, Granada)*", en Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 10, 1985, pp. 265-329.
- CARRASCO, PACHÓN y PASTOR, 1986. J. Carrasco, J.A. Pachón y M. Pastor: "*Excavaciones arqueológicas en el Cerro de la Mora (Moraleda de Zafayona, Granada)*", en Anuario Arqueológico de Andalucía, III, 1986, pp. 353-359.
- CARRASCO, PACHON y PASTOR, 1986a. J. Carrasco, J.A. Pachón y M. Pastor: "*La Edad del Bronce en la Provincia de Jaén*", en Homenaje a Luis Siret. Cuevas de Almanzora, 1984, Sevilla, 1986, pp. 361-377.
- CASTELLANO y SANCHEZ, 1991. M. Castellano Gámez y J.A. Sánchez Martín: "*Las Vinuelas. Una necrópolis tarromana en Loja*", en Revista de Arqueología, 120, 1991, pp. 36-39.
- CASTRO et al., 1987. P. Castro, R.W. Chapman, P. González, V. Lull, M. Picazo, R. Rich y M.E. Sanahuja: "*Proyecto Gatas (Turre, Almería). Tercera Campaña*", en Anuario Arqueológico de Andalucía, 1987. t. II, pp. 225-231.
- CONTRERAS, 1982. Francisco Contreras: "*Una aproximación a la urbanística del Bronce Final en la Alta Andalucía. El Cerro de Cabezuelos (Ubeda, Jaén)*". Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 7, 1982, pp. 307-321.
- CONTRERAS, CARRION y JABALOY, 1983. F. Contreras, F. Carrión y E. Jabaloy: "*Un horno de alfarero protohistórico en el Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Granada)*", en Congreso Nacional de Arqueología XVI. 1982, Zaragoza, 1983, pp. 533-535.
- DOMINGUEZ DE LA CONCHA, CABRERA y FERNANDEZ JURADO, 1988. M.C. Domínguez de la Concha, P. Cabrera y E. Fernández Jurado:

- "Cerro de la Cabeza (*Santiponce, Sevilla*)", en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 30, 1988, pp. 119-185.
- EIROA, 1989. J.J. Eiroa: "*Urbanismo protohistórico de Murcia y el Sureste*", Murcia, 1989.
- FERNANDEZ-GALIANO y VALIENTE, 1983. D. Fernández-Galiano y J. Valiente: "*Origen de los pavimentos hispánicos de guijarros*", en *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch. Tomo III*. Madrid, 1983, pp. 21-45.
- FERNANDEZ JURADO, 1986. J. Fernández Jurado: "*Fenicios y griegos en Huelva*", en *Homenaje a Luis Siret. Cuevas de Almazora, 1984*, Sevilla, 1986, pp. 562-574.
- FERRER ALBELDA y MANCEVO DAVALOS, 1991. E. Ferrer Alberdas y J. Mancevo Dávalos: "*Nuevos elementos de carros orientalizantes en la Alta Andalucía. Algunas precisiones en torno a su función, significado y distribución*", en *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad Autónoma de Madrid*, 18, 1991, pp. 113-148.
- FERRER PALMA, 1977. J. Ferrer Palma: "*La necrópolis megalítica de Fonelas (Granada). El sepulcro «Domingo I» y sus niveles de enterramiento*", en *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2, 1977, pp. 173-212.
- FRESNEDA y RODRIGUEZ, 1980. Eduadro Fresneda y M^a Oliva Rodríguez: "*El yacimiento de la Cuesta de los Chinos (Grabia, Granada)*", en *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 5, 1980, pp. 197-219.
- FRESNEDA y RODRIGUEZ, 1982. Eduardo Fresneda y M^a Oliva Rodríguez: "*El yacimiento arqueológico de Los Baños (La Malá, Granada)*", en *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 7, 1982, pp. 331-355.
- FRESNEDA, RODRIGUEZ y JABALOY, 1985. E. Fresneda, M^a O. Rodríguez y E. Jabaloy: "*El yacimiento arqueológico de la Cuesta de los Chinos (Gabia, Granada)*", en *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 10, 1985, pp. 243-261.
- FRESNEDA, F.; RODRIGUEZ M. O.; PEÑA, J. M.; LOPEZ, M., 1989: *Prospección arqueológica superficial del Río Galera desde Galera a Castelléjar. Campaña 1989. Anuario Arqueológico de Andalucía. t. II. 1989. pp. 51-56.*
- GARCIA GUINEA y SAN MIGUEL RUIZ, 1964. M.A. García Guinea y J.A. San Miguel Ruiz: "*Poblado ibérico de El Macalón (Albacete). 2ª campaña*", en *Excavaciones Arqueológicas en España*, 25, 1964.
- GARCIA MORENO, 1991. Luis García Moreno: "*El hábitat disperso en la Península Ibérica durante la antigüedad tardía (siglos V-VII)*", en *Arte,*

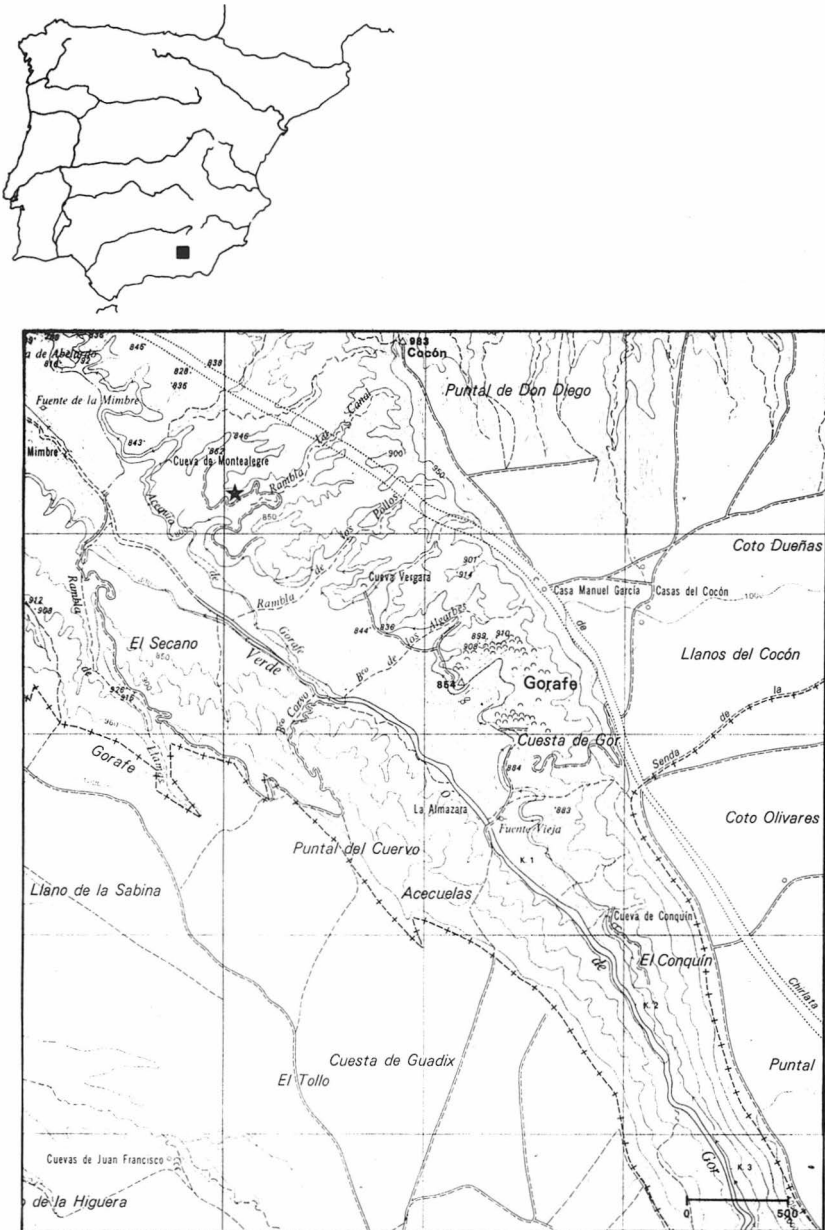
- sociedad, economía y religión durante el Bajo Imperio y la Antigüedad Tardía, Murcia, 1991, pp. 265-273.
- GARCIA SERRANO, 1966. R. García Serrano: "*Necrópolis romana de Moraleda de Zafayona (Granada)*", en IX Congreso Nacional de Arqueología, Valladolid, 1965, Zaragoza, 1966, pp. 326-330.
- GASULL, 1986. P. Gasull: "*Problemática en torno a la ubicación de los asentamientos fenicios en el sur de la Península*", en *Aula Orientalis*, 4, 1986, pp. 193-202.
- GOMEZ MORENO, 1888. Manuel Gómez Moreno: Medina Elvira, Granada, 1888.
- GONGORA Y MARTINEZ, 1868. M. de Góngora y Martínez: *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, Madrid, 1868.
- GONZALEZ PRATS, 1982. A. González Prats: "*La Peña Negra IV. Excavaciones en el sector VII de la ciudad orientalizante*", en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 13, 1982, pp. 309-418.
- GONZALEZ PRATS, 1983. A. González Prats: "*Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*", en *Anejo a Lucentum*, 1983.
- GONZALEZ PRATS, 1987. A. González Prats: "*Últimas aportaciones de las excavaciones realizadas en la Peña Negra (1983-1987) al Bronce Final y Hierro Antiguo del Sudeste y País Valenciano*", en XIX Congreso Nacional de Arqueología, Zaragoza, 1987, pp. 467-475.
- GONZALEZ PRATS, 1989. A. González Prats: "*Hábitats y estructuras domésticas del Bronce Final en el sur del País Valenciano*", en *Hábitats et structures domestiques en Méditerranée Occidentale durant la Protohistoire*. Colloque International Arles-sur-Rhône. 19-21 oct. 1989. pp. 21-26.
- GONZALEZ, ADROHER, LOPEZ y PEREZ, en prensa. C. González, A.M. Adroher, A. López y J.M. Pérez: "*Prospección arqueológica superficial en los ríos Fardes y Guadahortuna*", en *Anuario Arqueológico de Andalucía*, II, 1991, en prensa.
- JABALOY, 1985. M^a Encarnación Jabaloy: "*Dos nuevas sepulturas romanas en la provincia de Granada*", en *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 10, 1985, pp. 367-275.
- GRAN AYMERICH, 1981. Juan Gran Aymerich: "*Excavaciones arqueológicas en la región de Vélez-Málaga. Campaña 1973*", en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 12, 1981, pp. 301-374.
- HUNTER-ANDERSON, 1977. R.L. Hunter-Anderson: "*A theoretical approach to the Study of House form*", en L. R. Binford (ed): *For Theory Building in Archaeology*, 1977.

- JABALOY et al., 1983. E. Jabaloy, V. Salvatierra, J.A. García y A. García: "*El yacimiento preibérico del Cerro del Centinela*", en Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 8, 1983, pp. 343-374.
- LOPEZ PALOMO, 1981. L.A. López Palomo: "*Alhonor (excavaciones de 1973 a 1978)*", en Noticiario Arqueológico Hispánico, 12, 1981, pp. 33-187.
- LUZON y RUIZ MATA, 1973. J.M. Luzón y D. Ruiz Mata: "*Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*", Córdoba, 1973.
- MARTINEZ y BOTELLA, 1980. C. Martínez y M. Botella: "*El Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería)*", en Excavaciones Arqueológicas en España, 1980.
- MARTINEZ RODRIGUEZ, 1991. Andrés Martínez Rodríguez: "*Enterramientos tardorromanos en la comarca del Alto Guadalentín (Lorca)*", en Antigüedad y Cristianismo, VII, Arte, sociedad, economía y religión durante el Bajo Imperio y la Antigüedad Tardía, Murcia, 1991, pp. 453-469.
- MENDOZA et al., 1981. A. Mendoza, M. Roca, F. Carrión, F. Contreras, E. Jabaloy, V. Salvatierra e I. Toro: "*Necrópolis tardorromana en Valderrubio (Granada)*", en Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 6, 1981, pp. 431-451.
- MENDOZA, MOLINA, ARTEAGA y AGUAYO, 1981. A. Mendoza, F. Molina, O. Arteaga y P. Aguayo: "*Cerro de Los Infantes (Pinos Puente, Provinz Granada). Ein Beitrag zur bronze-und eisenzeit in oberandalusien*", en Madrider Mitteilungen, 22, 1981.
- MOLINA GONZALEZ, F., 1978: Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada. 3. pp. 159-232.
- MOLINA GONZALEZ, MENDOZA, SAEZ y ARTEAGA, 1983. F. Molina González, A. Mendoza, L. Sáez, O. Arteaga: "*Nuevas aportaciones para el estudio del origen de la cultura ibérica en la Alta Andalucía. La campaña de 1980 en el Cerro de los Infantes*", en Congreso Nacional de Arqueología XVI, Murcia 1982, Zaragoza, 1983, pp. 689-699.
- MORENO, RAMOS y MARTINEZ, 1985. A. Moreno, A. Ramos y J. Martínez: "*Prospección arqueológica superficial de las zonas Occidental y Central del pasillo Chirivel/Vélez-Rubio (Almería, 1985)*", en Anuario Arqueológico de Andalucía, 1985, t. II, pp. 19-25.
- MORENO, BURGOS, ADROHER y RISUEÑO, 1989. A. Moreno, A. Burgos, A.M. Adroher y B. Risueño: "*Excavaciones arqueológicas en la ciudad Iberorromana y Medieval de Granada. Campaña de 1989*", en Anuario Arqueológico de Andalucía, 1989, t.II, pp. 390-400.

- MUÑOZ, 1985. A. Muñoz: "*Las ánforas prerromanas de Cádiz (Informe Preliminar)*", en Anuario Arqueológico de Andalucía, 1985, t.II, pp. 471-478.
- NOCETE, CRESPO y ZAFRA, 1986. F. Nocete, J.M: Crespo, N. Zafra: "*Cerro del Salto. Historia de una periferia*", en Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 11, 1986, pp. 171-198.
- ORFILA, en prensa. Margarita Orfila: "*¿Producciones de sigillata no clásica en la Bética? Las llamadas sigillatas paleocristianas de Cástulo*", en IV Reunión de Arqueología Cristiana Hispánica, Lisboa, sept-oct. 1992, en prensa.
- PELLICER, 1982. Manuel Pellicer: "*Las cerámicas del mundo fenicio en el Bajo Guadalquivir: evolución y cronología según el Cerro Macareno (Sevilla)*", en H. G. Niemeyer (ed): *Phōenizier im Western*. pp. 371- 406.
- PELLICER, 1987. Manuel Pellicer: "*El Bronce Reciente e inicios del Hierro en Andalucía Oriental*", en Habis, 17, 1987, pp. 433-475.
- PELLICER, 1989. Manuel Pellicer: "*El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía Occidental*", en M. E. Aubet (ed): *Tartessos: arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell, 1989, pp. 147-187.
- PELLICER y SCHULE, 1962. M. Pellicer y W. Schule: "*Excavaciones en el Cerro del Real, Galera (Granada)*", en Excavaciones Arqueológicas en España, 12, 1962.
- PELLICER, 1966. Manuel Pellicer: "*El Cerro del Real (Galera, Granada)*", en Excavaciones Arqueológicas en España, 52, 1966.
- PEREZ y TORO, 1987. Carmen Pérez e Isidro Toro: "*Excavación de urgencia en la necrópolis del Pago de las Capellanías de Alomartes (Illora, Granada)*", en Anuario Arqueológico Andaluz, III, 1987, pp. 266-269.
- PEREZ y TORO, 1987a. Carmen Pérez e Isidro Toro: "*Necrópolis hispanorromana Cortijo del Chopo (Colomera, Granada)*", en Anuario Arqueológico Andaluz, III, 1987, pp. 253-257.
- PY, 1993. M. Py (coord.): "*Dicocer. Dictionaire des céramiques antiques (VIIème s. av. n. è. -VIIème s. de n. è.) en Méditerranée nord-occidentale (Provence, Languedoc, Ampurdan)*", en Lattara 6, Lattes, 1993.
- RAMALLO ASENSIO, 1984. S. Ramallo Asensio: "*Datos preliminares para el estudio de las cerámicas tardías de Begastri. Consideraciones generales*", en Antigüedad y cristianismo. Monografías históricas sobre la antigüedad tardía. Begastri, imagen y problemas de su Historia, Murcia, 1984, pp. 71-84.
- RAMOS, TORO y PEREZ, 1987. M. Ramos, I. Toro y C. Pérez: "*Excavación de urgencia en la necrópolis de Las Delicias de Ventas de Zafarraya (Alhama*

- de Granada, Granada*). 2^o campaña (1986)", en Anuario Arqueológico Andaluz, III, 1987, pp. 258-265.
- RAMOS, TORO y PEREZ, 1987a. M. Ramos, I. Toro y C. Pérez: "Excavación de urgencia en la necrópolis de El Almendral (Zafarraya, Granada)", en Anuario Arqueológico Andaluz, III, 1987, pp. 262-265.
- RAYA de CARDENAS, 1985. M. Raya de Cárdenas: "Prospecciones arqueológicas en el borde oriental de la depresión de Guadix (Granada)", en Anuario Arqueológico Andaluz, 1985.
- RIPOLL, 1985. Gisella Ripoll: "La necrópolis visigoda de El Carpio de Tajo (Toledo)", en Excavaciones Arqueológicas en España, 142, 1985.
- ROCA, MORENO y LIZCANO, 1988. Mercedes Roca, Auxilio Moreno y Rafael Lizcano: "El Albaicín y los orígenes de la ciudad de Granada", en Monográfica Arte y Arqueología, Granada, 1988.
- ROS SALA, 1986. M.M. Ros Sala: "El Bronce Tardío y Final", en Historia de Cartagena t. II. Cartagena, 1986.
- ROS SALA, 1989. M.M. Ros Sala: Dinámica urbanística y cultura material del Hierro Antiguo en el Valle del Guadalentín, Murcia, 1989.
- RUFETE, 1989. P Rufete: "La cerámica con barniz rojo de Huelva", en M. E. Aubet (ed): Tartessos: arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir. Sabadell, 1989, pp. 375-394.
- RUIZ-GALVEZ, 1986. M. Ruiz Gálvez: "Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce", en Trabajos de Prehistoria, 43, 1986, pp. 9-42.
- RUIZ MATA, 1979. Diego Ruiz Mata: "El Bronce Final-fase inicial- en Andalucía Occidental. Ensayo de definición de sus cerámicas", en Archivo Español de Arqueología, 52, 1979, pp. 3-15.
- RUIZ MATA, 1985. Diego Ruiz Mata: "Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca", en Aula Orientalis, 3, 1985, pp. 241-262.
- RUIZ MATA y FERNANDEZ JURADO, 1986. D. Ruiz Mata y J. Fernández Jurado: "El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)", en Huelva Arqueológica, VIII, 1986.
- RUIZ ZAPATERO, LORRIO ALVARADO y MARTIN HERNANDEZ, 1984. G. Ruiz Zapatero, A. Lorrío Alvarado y M. Martínez Fernández: "Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro: aproximación a un análisis comparativo del espacio doméstico", en Arqueología Espacial, 9, 1984, pp. 79-101.
- SALVATIERRA et al., 1984. V. Salvatierra, J.A. García, M^a.E. Jabaloy y M^a.A. Moreno: Necrópolis medievales. I: Baza, Museo Arqueológico de Granada, Granada, 1984.

- SANCHEZ y CASTELLANO, 1990a. J.A. Sánchez y M. Castellano: "*Excavación arqueológica de urgencia en el solar de la Casa de las Vinuelas (Loja, Granada)*", en Anuario Arqueológico Andaluz, III, 1990, pp. 149-155.
- SANCHEZ y CASTELLANO, 1990b. J.A. Sánchez y M. Castellano: "*Excavación arqueológica de urgencia en el solar del Huerto de Megías, avda. de la Constitución, s/n (Algarinejo, Granada)*", en Anuario Arqueológico Andaluz, III, 1990, pp. 162-166.
- SANCHEZ et al., en prensa. J.A. Sánchez et al.: "*El yacimiento de Las Vinuelas (Loja, Granada). Aspectos formacionales*", en XXI C.N.A., Teruel y Albarracín, 1991, en prensa.
- SCHUBART, 1986. H. Schubart: "*Hallazgos fenicios y del Bronce Final en la desembocadura del río Guadiaro (Cádiz)*", en Anuario Arqueológico de Andalucía, t.II, 1986, pp. 200-227.
- SCHUBART, NIEMEYER y PELLICER, 1969. H. Schubart, H.G. Niemeyer, M. Pellicer: "*Toscanos: la factoría paleopúnica en la desembocadura del Río Vélez. Excavaciones de 1964*", en Excavaciones Arqueológicas en España, 66, 1969.
- SCHUBART y MAASS LINDEMANN, 1984. H. Schubart y G. Maas-Lindermann: "*Toscanos. el asentamiento fenicio occidental en la desembocadura del río de Vélez. (excavaciones de 1971)*", en Noticiario Arqueológico Hispánico, 18, 1984, pp. 41-205.
- SUAREZ, et al., 1989. A. Suárez, P. Aguayo, M. Carrilero, J.L. López Castro y C. Sanmartín: "*Abdera: una colonia fenicia en el Sureste de la Península Ibérica*", en Madrider Mitteilungen, 30, 1989, pp. 135-148.
- TARRADELL, 1947-48. Miquel Tarradell: "*Investigaciones arqueológicas en la provincia de Granada*", en Ampurias, IX-X, Barcelona, 1947-48, pp. 225-236.

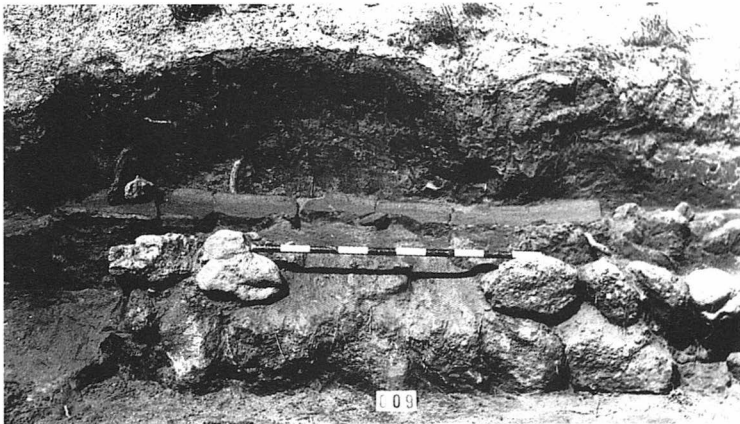


LAM. I. UBICACION DEL YACIMIENTO

Flor. II. 4-5, 1993-1994, pp. 7-50.



A



B

LAM. II. A. TUMBA ROMANA; B. ESTRUCTURA DEL BROCE FINAL

Flor. II. 4-5, 1993-1994, pp. 7-50.

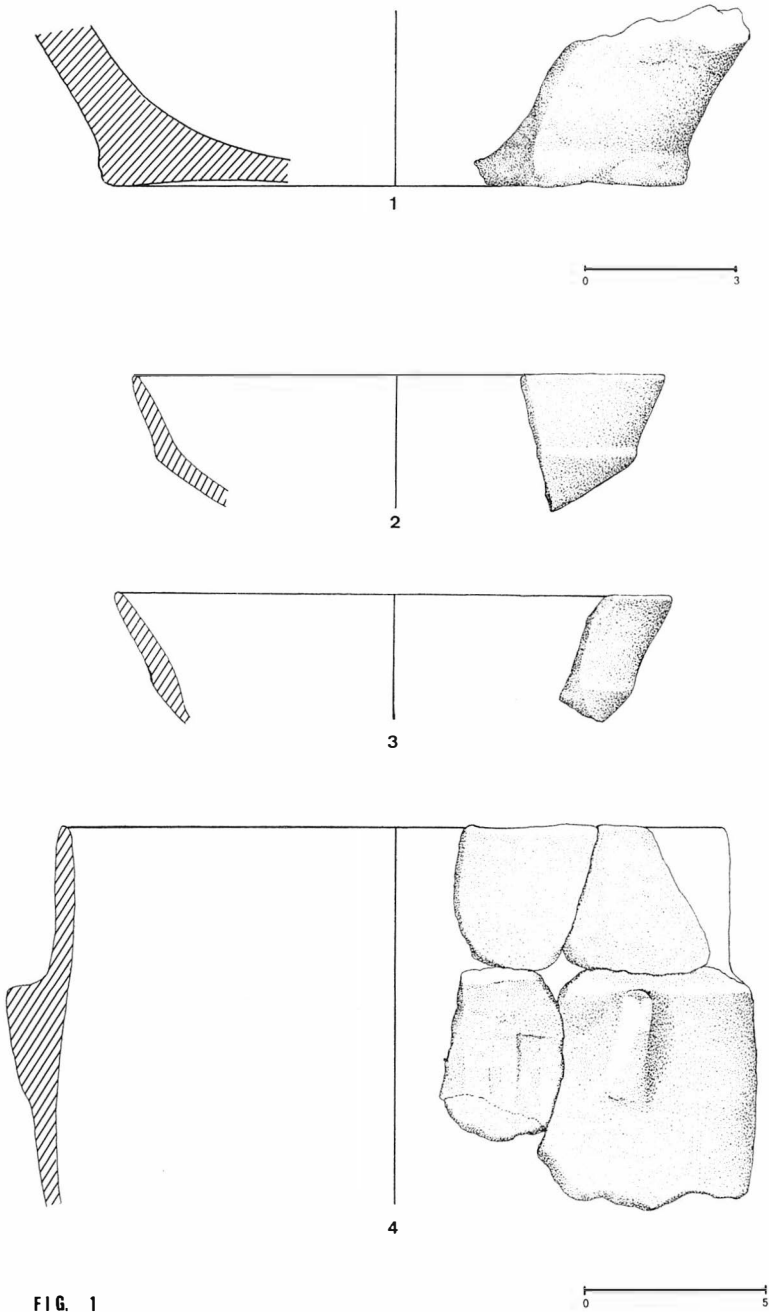


FIG. 1

Flor. Il. 4-5, 1993-1994, pp. 7-50.

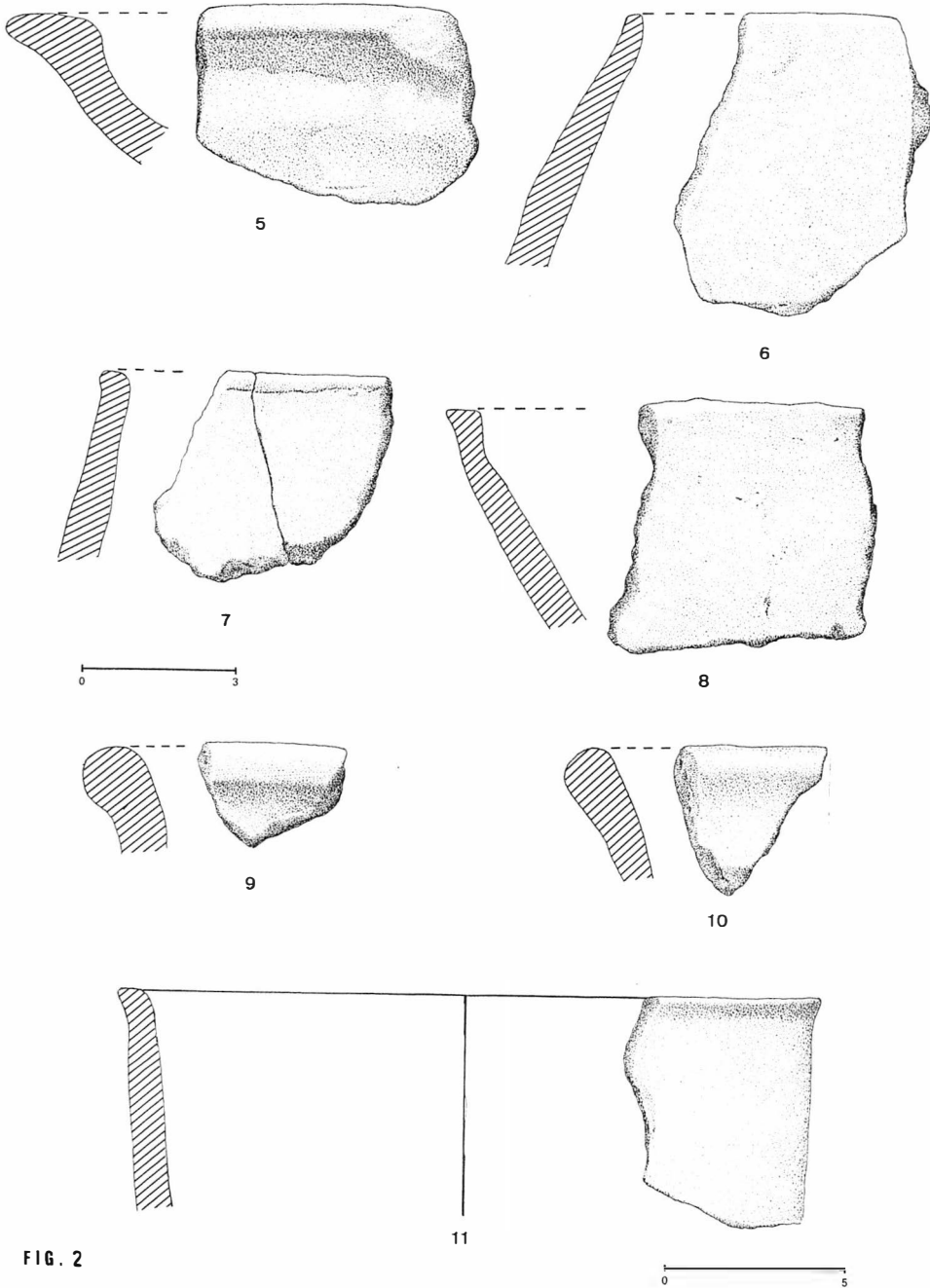


FIG. 2

Flor. II. 4-5, 1993-1994, pp. 7-50.

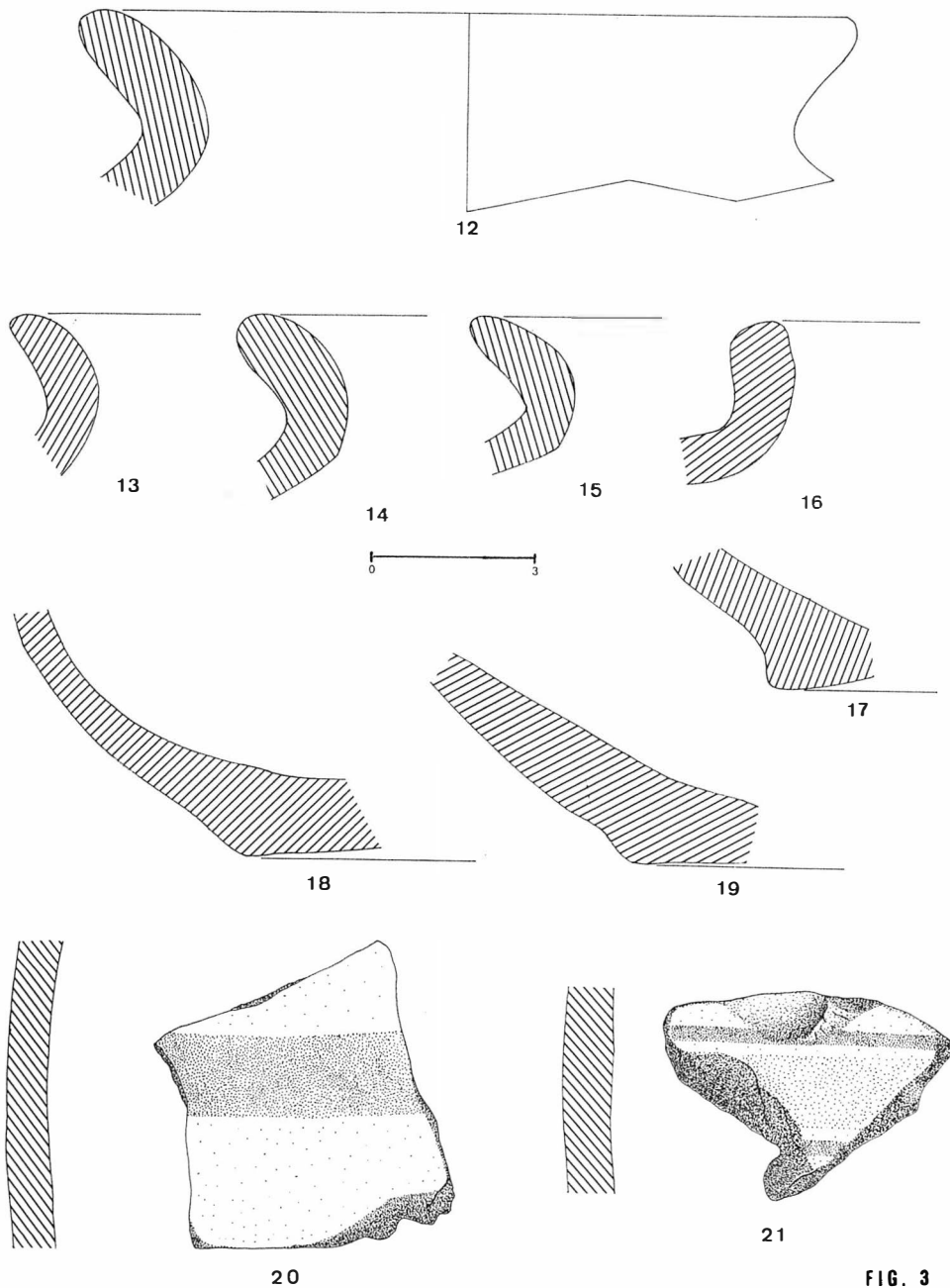


FIG. 3

Flor. Il. 4-5, 1993-1994, pp. 7-50.

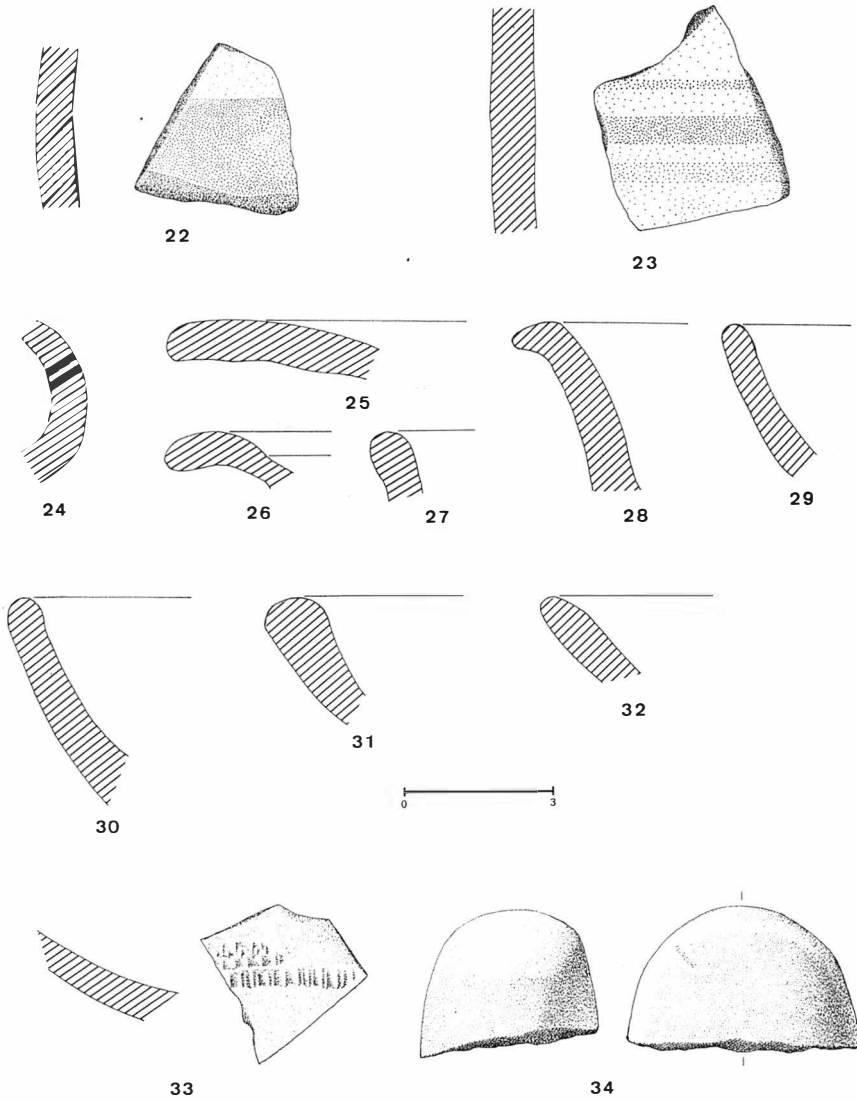


FIG. 4

Flor. Il. 4-5, 1993-1994, pp. 7-50.